PLVS VLTRA

MARZO. 1917

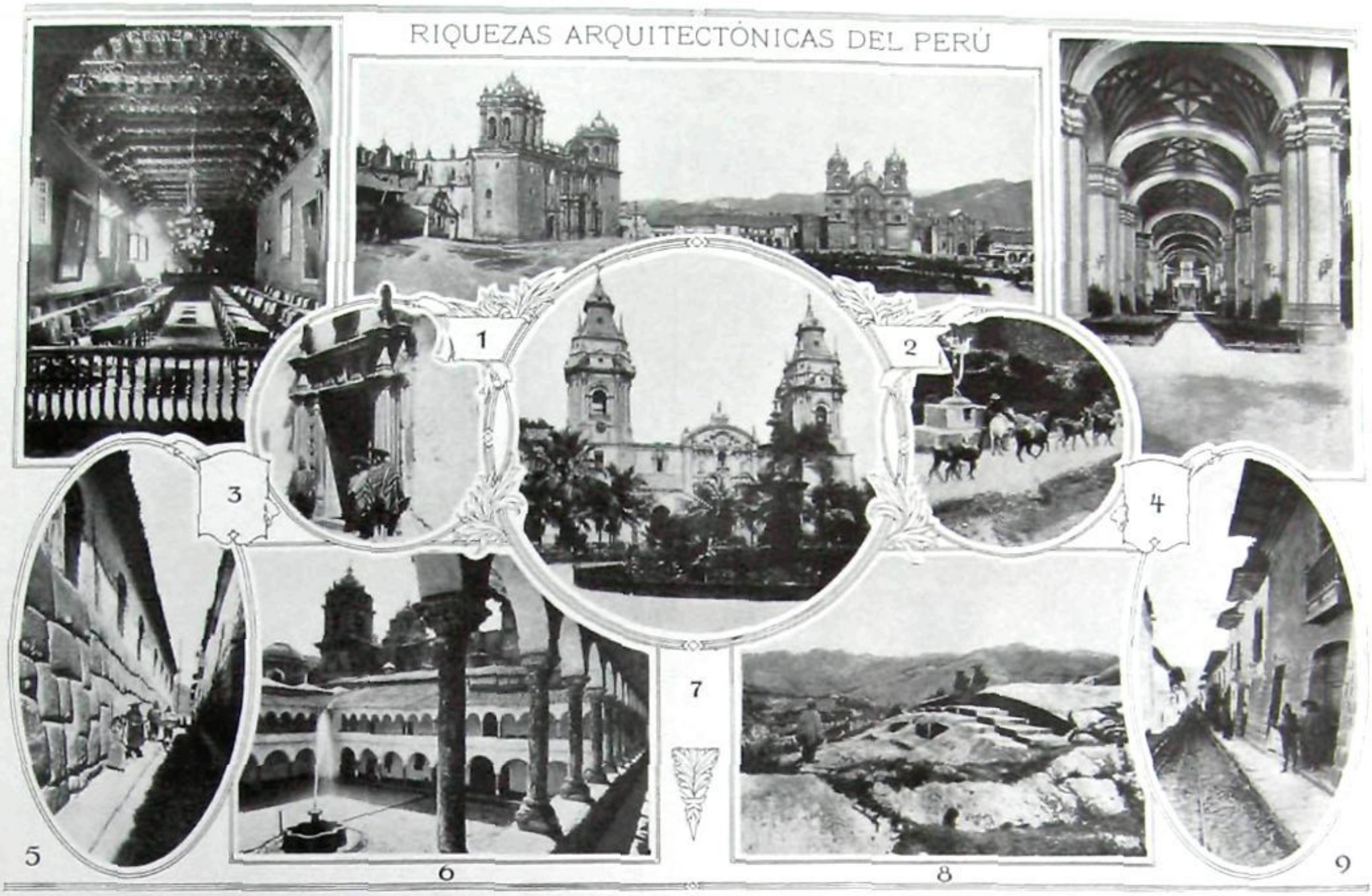
PRIMER ANIVERSARIO

-PLVS VLTRA-

H VERGO

CIGARRILLOS
43
PICCARDO Y C.
CIGARRILLOS
43
EXTRA
PICCARDO Y CIA. LTDA.
20
30
40
centavos

RIQUEZAS ARQUITECTÓNICAS DEL PERÚ



1, PLAZA PRINCIPAL DEL CUZCO.—2, PLAZA DEL CUZCO, LA CATEDRAL Y LA UNIVERSIDAD.—3, ARRIBA: CÁMARA DE SENADORES, LIMA. RIQUÍSIMO ARTESONADO DE PRIMOROSA TALLA. EN CÍRCULO: LA PUERTA DE ENTRADA DEL CUZCO.—4, ARRIBA: INTERIOR DE LA CATEDRAL DE LIMA, UNO DE LOS MÁS CÉLEBRES TEMPLOS HISTÓRICOS DE SUD AMÉRICA. EN CÍRCULO UNA TROPILLA DE LLAMAS.—5, PALACIO INCA DEL CUZCO, DONDE SE VEN LAS GRANDES PIEDRAS QUE LOS INGENIEROS MODERNOS NO HAN PODIDO AVERIGUAR TODAVÍA CÓMO FUERON COLOCADAS.—6, PATIO DE LA UNIVERSIDAD DEL CUZCO, DE ARQUITECTURA COLONIAL.—7, LIMA. LA PLAZA DE ARMAS.—8, RESTOS DEL ANTIGUO TEMPLO DEL SOL, MODELO DE INGENIERÍA.—9, CALLE ANGOSTA DEL CUZCO, CON EDIFICIOS DE LA ÉPOCA COLONIAL.

Cuzco, antigua capital del imperio incásico, es una de las maravillas de nuestra América. Sobre las ruinas de la arquitectura de aquella civilización, levantaron los conquistadores hermosos edificios. La ciudad de los incas y la colonial se han amalgamado para formar una nueva y pintoresca villa, donde los amantes de la historia y del arte encuentran numerosos monumentos que admirar.

La mayor parte de las fotografías que reproducimos darán idea de la esplendidez de tal conjunto.

La Catedral, situada en la Plaza Matriz, es un edificio estilo Renacimiento, cuya primera piedra fué colocada en 1560, acabándose en 1654.

Puede citarse como una de las mejores obras del arte colonial el patio de la Universidad.

Respecto a la arquitectura incásica, las ruinas del Templo del Sol, cuyas obras fueron iniciadas por Manco Capac, los trozos de murallas construidas con piedras enormes son de un estilo característico que habla tanto del gusto refinado de aquellos arquitectos, como de los recursos que emplearon para amontonar aquellos sillares; la puerta de Cuzco y los restos de edificios son de gran belleza.

Además de los monumentos que reproducimos existen en Cuzco otros de gran importancia; los palacios de Manso Capac, Sinchi Roca, Viracocha, Huáscar Pachacútec, Yupanqui, Francisco Pizarro y del Almirante, el Trono del Inca, etc.

La fortaleza de Sacsaihuamán, enorme castillo que domina a Cuzco, es un prodigio de construcciones militares de la época incásica. Sus ruinas ocupan una superficie de 500 metros cuadrados. Casi todas las piedras que forman sus murallas fueron traídas de las canteras de Muyna, que distan 5 leguas; otras desde 15 leguas. Son grandes bloques de difícil transporte (uno de ellos pesa 160 toneladas) y, como dijimos antes, aun se ignoran los medios empleados por aquellos ingenieros para llevar a cabo semejante labor.

También la actual capital de la República hermana, conserva al lado de las edificaciones modernas restos valiosos de la arquitectura colonial. La basílica limeña, la Plaza de Armas y el salón de la Cámara de Senadores, entre otras cosas, son monumentos preciosos.

El artesonado de este último edificio resulta uno de los más raros ejemplares de talla que se conocen en el mundo por lo primoroso del dibujo y la riqueza de líneas.

LOS PELIGROS DE LA DESESPERACIÓN

Ningún enfermo del estómago e intestinos, por crónica y rebelde que sea su dolencia, debe desesperarse. Muchos han consultado notabilidades médicas sin encontrar alivio, y al tomar STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, han recobrado la salud. Las fermentaciones anormales del estómago producen acedías y vómitos, que se corrigen inmediatamente con este medicamento. Quita las náuseas, ardores epigástricos, y la digestión se normaliza, el enfermo come más, digiere mejor y se nutre. Es de resultados positivos en las diarreas y disentería. Venta en Farmacias y Droguerías. Pidan folleto a CARLOS S. PRATS, San Martín, 66, Buenos Aires.

Al destaparse a cierta distancia el **Oporto DOM LUIZ,** sin verlo, se presiente su llegada por su perfume de infinita suavidad.

Bajo el gracioso imperio del deseo de saborearlo, usted siente la impresión de que es la vida que llega resplandeciente de alegrías y sanas satisfacciones.

Fíjese bien en esta botella y pida a su proveedor **Oporto DOM LUIZ.**

BUDA GIGANTESCO EN KIATANG, CHINA

Millones y millones de estatuas y estatuillas han modelado los fieles budistas para reproducir la desconocida figura de Saky-Muni, el príncipe real que renunció los honores del trono y los placeres de la corte en provecho de la humanidad. La India, a pesar de las persecuciones que el budismo sufrió allí, es un semillero de imágenes de Buda. En China, Japón, Tibet, Borneo, etc., la estatuaria budista es incalculable.

Existen largas avenidas formadas por muchas y gigantescas estatuas del sabio reformador; hay Budas yacentes hechos con monolitos colosales; lo llevan sobre el pecho millares y millares de amarillos devotos. La iconografía budista es, sin disputa, la más variada y portentosa.

Uno de los ejemplares que por su originalidad descuellan entre este abuso estatuario, es el que reproduce nuestro fotograbado. Cuarenta y siete metros de alto tiene la enorme estatua, y sus constructores quisieron que la flora asiática rindiera también su homenaje de gratitud al sabio cuya vida estuvo consagrada a buscar la felicidad espiritual de los hombres. En efecto, este Buda resulta una maceta inmensa. El cabello, las cejas, los bigotes, las barbas, no son de granito, sino yerbas y flores. El Buda aquel necesita, además de sacerdotes, el cuidado de hábiles Fígaros que, en este caso, son jardineros.

Así, el príncipe incomparable, vive ahora en estatua como vivió durante los largos años de sus meditaciones: cubierto de tallos y hojas, a manera de pedrusco inanimado, absorto en la contemplación, sumido en el éxtasis.

Ninguno de los homenajes que se le han rendido a Buda es tan poético como éste. Si el gran reformador resucitase, él, que predicó la humildad, el desprecio de los honores, el renunciamiento de todo lujo, haría, sin duda, destruir todas las estatuas, todos los ídolos que en su nombre se esculpieron, porque ninguno se le parece, ni en cuerpo ni en espíritu. Tal vez, únicamente perdonaría a este Buda que lo representa en el mejor período de su existencia, cuando, sentado a la sombra de una higuera, estuvo al modo de los faquires, inmóvil como una crisálida, soñando en una moral superior, en una vida bella y buena de mariposa humana.

Porque, además, comprendería que el escultor no hizo que en su obra se gastasen ingentes sumas, que pudieron emplearse en aliviar los dolores y la miseria. Es una estatua tallada en una roca enorme, merced a la enorme paciencia y al sublime fervor de un asceta artista.

BIZCOCHOS CAMALE

Preferidos por todos los niños y preferidos por todos los padres que saben velar por la salud de sus hijos.

Pureza absoluta.
Elaboración escrupulosa.
Sabor exquisito.

UNA ESCENA DE PESCA EN COREA

UNA ESPECIE DE SPORT EN QUE LOS COREANOS PESCAN EL «BASS», A TRAVÉS DE AGUJEROS HECHOS SOBRE EL HIELO DEL RÍO HAN. PARA RESISTIR EL FRÍO, USAN UNOS ZUECOS Y SE SIENTAN SOBRE TRINEOS, DANDO EJEMPLO DE PACIENCIA A LOS PACIENTES Y CACHAZUDOS PESCADORES DE CAÑA.

PNEUMATICOS **DUNLOP**

DUNLOP VELOCIDAD
SEGURIDAD

542, PASEO COLÓN, 542

-PLVS VLTRA-

¡Un momento!

Sólo con detenerse a pensar un momento, le basta para comprender que si derrocha y no repone lo gastado sobrevendrán la ruina y la bancarrota. ¿Por qué, pues, no repone Vd. sus energías vitales a medida que las consume?... ¿Cree acaso que las reservas de fuerza y de vigor son eternamente inagotables?... ¡Reponga!... Reedifique y acumule en su organismo la enorme vitalidad contenida en esa maravilla de la ciencia moderna que se llama

IPERBIOTINA MALESCI

Preparación pátentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO Unico Concesionario - Importador en la República Argentina
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

Las nuevas creaciones de la moda en Harrods

Consagrado como árbitro de la elegancia, la Casa HARRODS inicia la "Season" exponiendo en sus suntuosos salones, los modelos recién recibidos en tapados, vestidos, blusas y sombreros para señoras y señoritas.
El más delicado "savoir faire" preside esa exhibición.

5808.
ROBE DE SOIREE
en tul de color verde, topo u otros tonos, sobre viso de liberty o taffetas colores claros, con bordados de seda y adorno de tul y stras

$ 210

1796.
GRAN MANTEAU
de teatro o visita, en rica charmeuse o cachemir de seda negra, con espléndido cuello de piel skungs de américa, forrado en liberty o taffetas de color

$ 260

5808 1796

Remitimos a vuelta de correo y franco de porte, nuestro Catálogo para Otoño e Invierno 1917, a quien nos lo solicite del interior y exterior de la República.

Harrods

FLORIDA, 877
PARAGUAY, 554

Plus Ultra

AÑO II. BUENOS AIRES, MARZO 1917. NUM. 11

ALMA FUERTE

Ha desaparecido de súbito (como en una de aquellas fugas en que buscaba la soledad) dejándonos sus divinos versos. El arte por el arte, el genio por el genio, la rebeldía por la rebeldía: no ambicionaba honores, lucro ni títulos. Su austera y orgullosa modestia se contentó con poco y no se contentó con nada.

Ha desaparecido... Descansa en las soledades de la paz y de la muerte.

El Primer Aniversario

Cuando una publicación alcanza su primer año de vida, puede decirse que es el preciso momento de examinar concienzudamente la labor realizada y de madurar con serenidad proyectos y futuras mejoras.

Un año permite darse cuenta de cuál debe ser la justa orientación, y para ello, basta ojear imparcialmente las páginas y dentro de un criterio tranquilo seguir la natural evolución de las cosas, según el lema maravilloso *O renovarse o morir*.

Si se supiera cuán grande cantidad de energías y qué interminables horas de vigilia, son necesarias para aunar múltiples voluntades e inteligencias en pro de una empresa editorial, quedarían sorprendidos todos los que juzgan superficialmente de la iniciación y desarrollo de una publicación como PLVS VLTRA.

Hay quien supone que una revista es cuestión de *números*, exclusivamente; otros piensan que es asunto de máquinas y talleres; más allá, opinan que depende su éxito de las personas, y que las firmas resuelven el problema; algunos declaran la supremacía del factor artístico, y así, se oyen las más variadas y a veces absurdas hipótesis, nacidas de la predilección o del desconocimiento.

Todo esto es falso en absoluto. Es el problema eterno de confundir los efectos con las causas, y de ver los hechos, no en su estructura interna, sino ya revestidos y ornados con los afeites de la discreción y el buen gusto.

En realidad, una revista está integrada por tres primordiales elementos: materiales, administración y dirección. A esta última se vinculan los redactores gráficos y literarios poniendo cada uno su esfuerzo y aptitudes, en la pauta y normas trazadas previamente. Coordinados estos factores y orientados en un sentido determinado, no queda más que lanzarla al público y esperar su sanción.

PLVS VLTRA, por su carácter de suplemento de una revista popular, su tamaño y extensión, la finalidad artística y social que la inspira, y las dificultades y conflictos de la actual situación, se ha encontrado durante este año, en la imprescindible necesidad de redoblar ímprobas tareas y establecer la proporción debida entre las distintas partes que la forman y componen.

La aparición de toda revista debe ir precedida de un problema de psicología, pues necesariamente hay que pulsar el ambiente para encaminar la obra de acuerdo con el público a quien se dedica. Muchas revistas fracasan a pesar de sus méritos relevantes, por haber sido hechas para lectores no preparados o de diferentes aficiones, y no hay que olvidar, que la finalidad de una publicación es el ser lo más divulgada, pues aun aquellas que se dirigen a determinadas personas, o sea las revistas de especialidades, procuran la mayor difusión posible, siquiera sea por medios de *réclame* o prestigiadas por algún nombre célebre en el mundo de las letras, las ciencias o las artes.

Este estudio psicológico del medio ambiente, se traduce en la proporcionalidad de las secciones en la tendencia y selección de redactores y colaboradores. Hoy, experimentamos en PLVS VLTRA la satisfacción de ver como aquella benevolencia y apoyo, que pedíamos en nuestro primer número, no ha faltado ni un solo momento, y tranquilos, pasadas ya las incertidumbres de la prueba, esperamos perfeccionar cada día más el complicado mecanismo que hace vivir estas páginas.

Las dos preocupaciones de PLVS VLTRA: agradar a su selecto núcleo de lectores, y armonizar con un criterio amplio y tolerante las diversas manifestaciones de las actividades literarias y artísticas, creemos se vienen realizando, venciendo obstáculos y allanando dificultades.

Insignes escritores nacionales y extranjeros, notables artistas, maestros de la crónica, y cultos hombres de ciencia, se han prestado a colaborar en nuestra obra, a la que dan la variedad e interés que exigen la cultura de la sociedad argentina y las lógicas aspiraciones de la vida moderna.

Es casi innecesario citar los nombres que autorizan esta colaboración, pues son bien familiares al lector.

La regia evocación del gran Darío, la profunda originalidad de don Miguel de Unamuno, la admirable y clásica elevación de Rodó, la amena pluma de Salaverría, la maestría de Amado Nervo, Rojas, Maragall, Daniel Muñoz, García Velloso, Ingenieros, Eugenio d'Ors, Valle-Inclán, Lugones, Lorente, y tantos otros ingenios, nos han hecho un delicado regalo espiritual, de alta significación estética.

En cuanto a la parte gráfica, fundamental en una revista del carácter de la nuestra, prescindiendo de lo que haya de personales méritos en sus dibujantes y fotógrafos, la tendencia es cuidar minuciosamente el cúmulo de pequeños detalles que contribuyen a dar un sello especial a cada página; letras, orlas, epígrafes, y todo cuanto ayude á embellecer la composición, son objeto de la atención de los ilustradores, que no evitan trabajo para dar realce y buena presentación a cada número.

Una conquista admirable de las artes gráficas modernas, es la tricromía, que ha permitido maravillosas reproducciones de las grandes obras de arte, facilitando su divulgación y más perfecto conocimiento. PLVS VLTRA concede suma importancia a esta sección, y va reproduciendo, las más notables pinturas de las soberbias galerías que algunos ricos y excelentes aficionados argentinos, poseen.

Van Dick, Barlow, Sorolla, Zuloaga, Alice, Collivadino, Bermúdez, Villegas, y otros conocidos nombres de pintores antiguos y modernos, aparecen en PLVS VLTRA, que tributa un justo homenaje a estas creaciones del arte pictórico.

Tal es, a grandes rasgos, el esfuerzo desarrollado, que justo es consignarlo, tuvo ya al comenzar, el aliento de encontrar favorable acogida necesaria siempre, material y moralmente.

PLVS VLTRA, al mismo tiempo que desenvuelve sus planes literarios y artísticos, cultiva la nota social, en la que algunos espíritus ignaros, sólo ven frivolidad y particularismo, siendo por el contrario, de un alto interés como reflejo de costumbres y por la difusión y conservación de obras artísticas entre las personas de elevada jerarquía social.

Una nota social, de positivo valor, es la reseña y descripción de las colecciones privadas, donde la paciente rebusca, y el generoso desprendimiento, reunen preciosidades, que difícilmente, sin la publicación en una revista, serían conocidas por los inteligentes y aficionados. A veces, estas colecciones, forman parte de la vida de sus dueños, decorando una suntuosa mansión, sin el menor carácter de museo. Entonces es esa casa, la que merece ser divulgada y PLVS VLTRA ha dedicado preferente atención a estas manifestaciones de la ilustración y gusto exquisito de la mejor sociedad argentina.

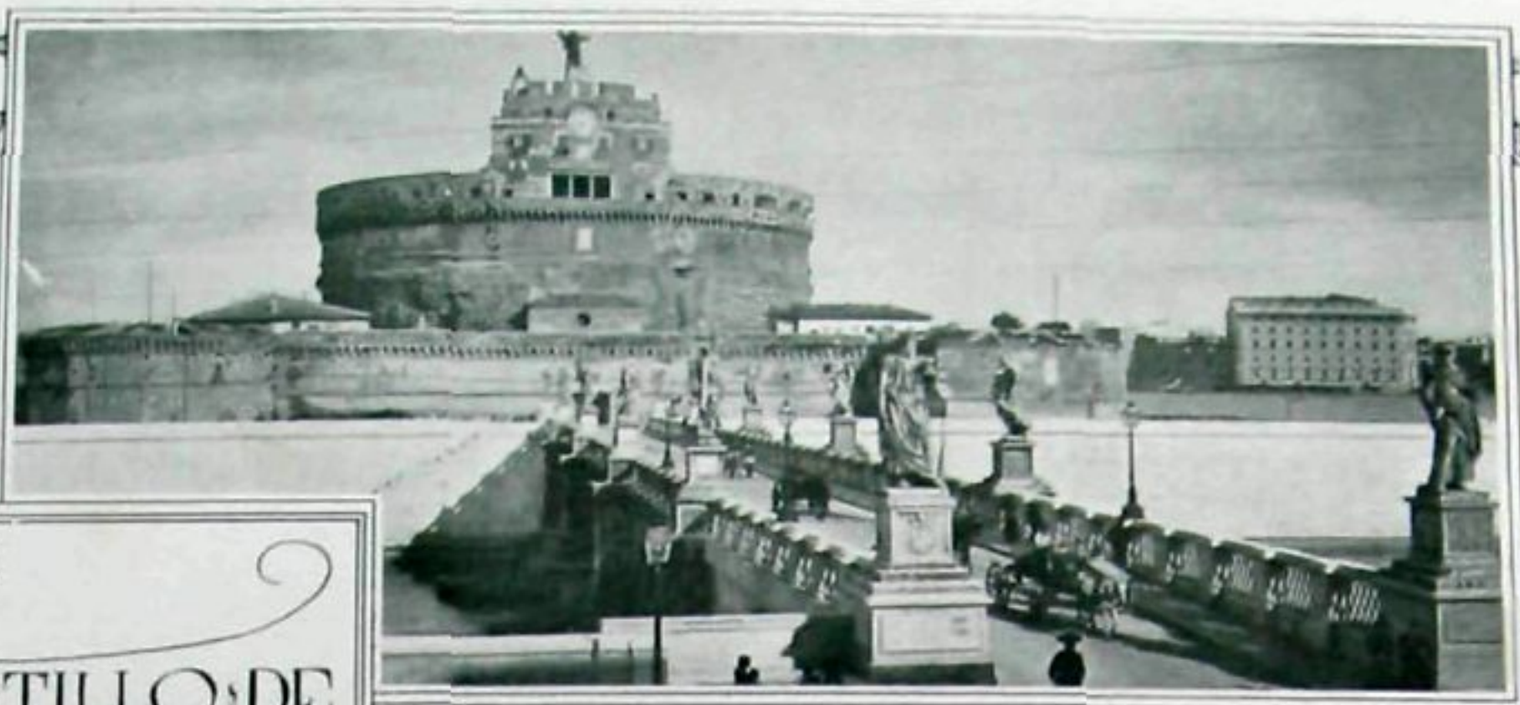
Esperanzas, voluntad, energías... Todo esto, lo acrecentamos diariamente, y cada vez con un sentido más optimista, pues ya no se trata de crear, sino de impulsar con nuevos bríos lo que ha recibido pública sanción y — lo decimos con gratitud — esta fué harto favorable para nuestros esfuerzos.

La contemplación de una revista es agradable o antipática, según nos aparezca bien o mal vestida. Los ojos buscan el recreo de una esmerada presentación, pues hasta incita a la misma lectura, un artículo o un cuento sugestivamente ilustrado.

Continuar y ampliar la senda emprendida. Tal es nuestro propósito. En el mar sereno y fascinante, la carabela que nos sirve de emblema, parece que ha de navegar siempre sin obstáculos en su viaje.

Y que sobre la tranquilidad azul de las aguas ilimitadas, flotará día tras día, la frase de confianza y optimismo que nos sirve de lema: ¡PLVS VLTRA!

DIBUJO DE ALONSO.



JOSE ENRIQUE RODÓ

EL CASTILLO DE SANT'ANGELO

Entrando en el Puente de Sant'Angelo, que da paso, sobre el Tiber, al Barrio Vaticano, a la vieja Ciudad Leonina, veréis alzarse, del lado del naciente, un enorme torreón, en cuya cúspide aparece, a modo de celeste atalaya, un arcángel de bronce. Es el Castillo de Sant'Angelo, famoso con la denominación de «Mole Adriana» en los recuerdos de la antigüedad, y con su nombre actual en los del Pontificado; gigantesco nudo que ata las dos mitades de la historia romana; primero, mausoleo de los Emperadores, desde Adriano y Antonino el Piadoso, que lo levantaron, hasta Septimio Severo; y después, fortaleza de los Pontífices, desde la cual resistió Clemente VII el vandálico asalto del Condestable de Borbón.

Iba a visitar el Castillo con el sentimiento de su interés tradicional, y su grandeza se me impuso también por los ojos. Gusto, en arquitectura, de la majestad severa, y un tanto áspera y ruda; de lo que parece obra de la naturaleza, por la sencilla manifestación de la energía, y obra de cíclopes o de titanes, por el atrevimiento de las proporciones y las formas. Así, pocas construcciones humanas han producido en mi ánimo tan avasalladora impresión y han correspondido tan cumplidamente a mi idea de la belleza arquitectónica, como el Palacio Pitti, de Florencia, con sus inmensos y toscos sillares, que semejan rocas naturalmente superpuestas. El Castillo de Sant'Angelo es de esa casta monumental. Quien lo mira desde cierta distancia lo imaginaría un peñón apenas redondeado por la mano del hombre. Y de esta sencillez irradia, en severas ondas, la fuerza. El tiempo ha arrebatado el revestimiento de mármoles que, según parece, tenía originalmente el Mausoleo de Adriano; y la *aspereza y el opaco tono de la piedra sientan* bien al carácter austero y heroico de esta forma gigante.

La entrada del Castillo, que os sale al paso viniendo del Puente de Sant'Angelo, se abre sobre un obscuro corredor, donde entre pedazos de mármol, despojos del primitivo monumento, se conservan los bustos de Adriano y Antonino. Luego, por una suave rampa se asciende al que fué mausoleo de los Emperadores, compuesto de dos cámaras: una donde un nicho colosal, hoy vacío, contuvo probablemente la estatua de Adriano, y otra donde reposaban las imperiales cenizas, en urnas de substancias preciosas. Los que, en días de necesidad o de saqueo, quitaron esas urnas, arrojarían las cenizas al viento; y esta defraudación del sueño imperial, que imaginó la eternidad del reposo en un sepulcro estupendo, me parece suerte menos triste que la de los embalsamados Faraones, que vi en el «Museo Egipcio» de Turín, arrancados a la quietud de sus Pirámides y expuestos como objeto de curiosidad.

Súbese después al segundo plano del Castillo, y se llega a un patio, — el *Cortile delle Palle*, — donde descuella, entre pilas de antiguas balas de piedra, un San Miguel de mármol, de Rafael de Montelupo. La fachada de la hermosa capilla que ocupa el fondo de este patio, es obra de Miguel Angel. De la capilla paso a visitar unas salas donde se han reconstituído determinados aspectos de la habitación y las costumbres en el siglo XVII: un cuerpo de guardia, un laboratorio y un despacho de farmacia; todo ello con exacto y minucioso carácter de época. El laboratorio aquel, con sus anticuados vasos y alambiques y el vetusto marco del Castillo, sugiere ideas de alquimia y nigromancia: esperáis ver aparecer, detrás de la estrambótica cacharrería, la luenga barba y el semblante enjuto de un monje buscador de la piedra filosofal. Una preciosa colección de cerámica italiana y otra de viejas armas y máquinas de guerra, dan interés a las cámaras siguientes, una de las cuales lleva el nombre de «Sala de la Justicia» y era la sede del tribunal que juzgaba, por cuenta del Pontífice, a los prisioneros de Sant'Angelo. El vecino espacio descubierto, que denominan *Cortile dell'Olio*, estaba dispuesto en otro tiempo como sala de teatro, y allí se representó, delante de León X, una comedia de Ariosto: *I Suppositi*.

Estrecha escalera conduce del *Cortile dell'Olio* a las prisiones de siniestro renombre, en que padecieron reclusión, entre otros, Beatrice Cenci y Benvenuto Cellini. Imaginad unas angostas cuevas de piedra, donde apenas se diferencia el día de la noche; donde penetráis encorvados y respiráis con afanosa angustia. Pensar que en uno de esos negros sepulcros ha entrado una criatura humana y la puerta se ha cerrado tras ella, es pensamiento que me hiela la sangre. Cada cual tiene la imaginación sensible a determinado género de suplicios, como a determinado género de goces. A mí no me espantan, — imaginariamente digo, — muerte de hoguera, ni de cruz, ni de naufragio, ni entre las garras de las fieras; pero siempre me causó el escalofrío del terror la idea del sepultado vivo; del encierro donde falta aire para el pulmón, espacio para el movimiento, luz para los ojos, y donde un silencio inexorable es el testigo único de la espantosa quietud y de la lenta agonía... Asomado al calabozo de Beatrice, mi imaginación evocaba, entre lejanos recuerdos del drama de Shelley, la deliciosa imagen de *la infortunada, que el pincel de Guido Reni trazó*, tomando el original de la memoria, y que había admirado un día antes en la «Galería Barberini». En la cueva de Benvenuto me muestran, a la luz de una cerilla, un vestigio de aquella mano prodigiosa: Es un esbozo de Cristo resucitado que aún puede distinguirse en la pared, tras un vidrio que lo preserva; esbozo a que él alude en un pasaje de su «Vida»: *un Cristo risuscitante vittorioso che io mi avevo disegnati in nel muro con un poco di carbone...* Luego me complazco en recordar, allí en el propio escenario, la célebre evasión del artífice, y la temeridad de esta fuga me parece, después de conocer la horrible prisión, menos meritoria, o si se quiere, más fácilmente explicable por el acicate de un padecimiento peor que todos los peligros.

Paso de las prisiones a visitar el vasto *oliare*, o depósito de aceite, donde se conservan alineadas ochenta y tantas gruesas botijas, y el profundo silo o granero, que, después de servir para tal uso, se trocó en horrenda mazmorra, según cuenta la crónica del castillo, personificada en el guía que me atiende. Por aquí una escalera de pocas gradas lleva a una estancia menuda y primorosa, cuyos estucos el pincel de Julio Romano revistió de caprichosos adornos: es el cuarto de baño de Clemente VII. Llegado al piso superior, donde el castillo se convierte en apacible alcázar, admiro las habitaciones de otro pontífice famoso, de Pablo III: la llamada «Sala Paulina», que decoran frescos de Perín del Vaga y otros discípulos de Rafael; la antecámara, o «Sala de Perseo», donde la historia del vencedor de la Medusa se desenvuelve en preciosísimos frescos, obra de los mismos o semejantes pinceles, y el dormitorio, o «Sala del Amor y de Psiquis», en la que está divinamente figurada la hermosa fábula de Apuleyo, y donde muebles y cuadros de la época reconstituyen la fisonomía y el ambiente de la alcoba pontificia. ¡Nido de insinuante voluptuosidad, que enciende en mi imaginación todo el cuadro de aquella Roma restituída a los dioses; de aquella Roma neo-pagana, que excitó el horror de Lutero y que encarna bien la figura de ese pontífice Pablo, en cuya frente caería, mejor que la tiara, la guirnalda de hiedra; Farnesio sibarita y jovial, gustador de mascaradas, cabalgatas y festines; protector de bailarinas y bufones, y excelente bebedor de Malvasía y de dulces vinos de Grecia...! — Veo aún una elegante galería, que llaman «Logia de Julio II»; una espaciosa sala que fué Biblioteca papal, y la «Cámara del Tesoro y del Archivo secreto», donde palpo inmensos y fortísimos cofres, que guardaron el oro con que fué costeada aquella perenne saturnal del paganizado cristianismo.

Subo, por último, a la más alta terraza, y miro de cerca el ángel de bronce de Werschäffelt, que corona, en actitud de envainar la vengadora espada, la adusta majestad del castillo. Tiendo la mirada en derredor, y veo desplegarse un maravilloso cuadro que no esperaban mis ojos. A mis pies, colosal, augusta, gloriosa, Roma se extiende, bendecida por el azul sin mancha del cielo, por el radiante júbilo del sol; el sol y el cielo de este dulcísimo invierno romano, que parece aún más una primavera que un otoño. Como protagonista de la inmensa escena, donde torres, rotondas, pórticos, arcos y obeliscos representan el drama de treinta siglos de historia, descuella la fábrica ciclópea de «San Pedro», que de esta altura se domina en su armoniosa integridad, sin que la falta de distancia vele la estupenda cúpula, como cuando se mira el templo desde su propia plaza, ni la interposición de otros edificios oculte el majestuoso frente, como cuando se mira la cúpula desde paraje llano. El Tiber pasa por medio de la vasta metrópoli, con serenidad imperatoria; un cerco de montañas cierra la anchurosa extensión, y verdes cenefas de bosque bordan a trechos sus faldas; pero en panorama como este la obra de la naturaleza queda abrumada por la muchedumbre infinita y la evocadora virtud de lo que es obra del hombre. Así como otras alturas ocasionan el vértigo de la profundidad material, ésta produce el vértigo de la fantasía, por el torbellino de imágenes, por el raudal de recuerdos y de ideas, que fluyen del amplio circuito, donde cada palmo de tierra está marcado con un relieve de gloria. Se piensa haberse remontado a las cumbres de la eternidad y ver pasar, allá abajo, la corriente de los tiempos, la caravana de las generaciones. Y hay un momento en que, después de abismarme en la contemplación de «San Pedro», que tengo a la derecha, columbro en el opuesto confín, sobre el fondo de los Montes Albanos, la mole circular del Coliseo, y me extasío paseando la mirada de uno a otro de los dos gigantes enemigos; genios de piedra de las dos civilizaciones que son el fundamento de nuestra vida espiritual y que tuvieron ambas, por excelsa tribuna, por foco de irradiación y propaganda, a esta ciudad verdaderamente única y suprema en la inmensidad de los siglos.

Roma, diciembre de 1916.

Nuestros colaboradores artísticos

Autocaricaturas

NICANOR VÁZQUEZ.

JUAN PELÁEZ.

JOSÉ FRIEDRICH.

JOSÉ CONTRERAS.

EMILIO CENTURIÓN.

MARIO ZAVATTARO.

PEDRO DE ROJAS.

JUAN CARLOS HUERGO.

La autocaricatura es una especie de sacrificio expiatorio, una manera de pagar las culpas cometidas, como si el mundo caricaturizable y caricaturizado, lleno de indignación, hubiese pedido y conseguido las cabezas de sus verdugos.

¡Ahí tienes, público, las pecadoras testas de Alonso, Alvarez *(riguroso orden alfabético)*, *Centurión*, *Fernández*, *Huergo*, Mayol, Rojas, Sirio y Zavattaro! ¡Riete ahora tú con vengativas carcajadas!; pero perdónales lo mucho que te caricaturizaron, por lo que te hicieron reir y por lo muchísimo y bueno que en serio han sabido pintar y dibujar.

FRANCISCO FORTUNY.

EDUARDO ÁLVAREZ.

CRISTÓBAL FERNÁNDEZ.

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL.

ALFREDO GUIDO.

JUAN ALONSO.

ALEJANDRO SIGLO.

JUAN FORN.

MANUEL MATOS.

Los restantes: Contreras, Folch, Fortuny, Friedrich, Guido, Peláez y Vázquez, nunca trataron de herirte en tu sagrada belleza, ¡oh público! Inocentes de ese crimen, cayeron mezclados con los pícaros caricaturistas, pero casi todos cayeron con un bello gesto, hermanados por el inmerecido martirio.

Unos y otros son excelentes muchachos (el arte no reconoce edades) que se ganan la vida con el sudor de lápices y pinceles, sin ofender a nadie, educaditos, respetuosos...

PLUS ULTRA te ofrece, ¡oh lector! esas testas que tanto estima. Ríete; pero respétalas, porque nos hacen mucha falta.

En el rosedal

A MME. LUGONES.

Divino rosedal de la ciudad querida!
Qué bien guarda tu entrada ese alado dragón,
y cómo se me aclara cierta remota vida
que todavía vibra en mi reencarnación.

Fué en el sereno tiempo, honor de los paganos,
y era por playas griegas después de un ciclo hindú.
Amor y sangre y vino... y unos versos lejanos...
Y ahora, amiga, vienes a mis recuerdos tú...

La tarde, de oro y rosa. El cisne boga y sueña
en un agua teñida de férvido arrebol,
y en asombrar al día el pavo real se empeña
abriendo en vasta pompa la cola tornasol.

Inmóviles flamencos dan su filosofía...
Puesto que todo es siempre vivir, pasar, mudar,
mejor será quedarse en actitud vacía
junto al lago de vieja seda crepuscular.

Rosas, todas las rosas, y mil deseos raros.
Y el alma, tejedora; y el cielo su telar.
Y en las sendas la gloria de los vestidos claros,
de las muchachas leves, del religioso andar.

Estoy en una absorta contemplación dichosa.
La vida aquí parece una flor y otra flor,
bajo una inmensa tarde profunda y silenciosa
a donde son los hombres un amor y otro amor...

Serena rosaleda, jardín de las delicias,
del eucalipto crespo y el álamo guardián:
al soplo vespertino te doblas de caricias,
y de perfumes hondos y de horas que se van.

Inflámase una nube detrás de la arboleda.
Di quién no tiene el alma hecha del mismo tul...
Son tierra y cielo ahora la misma rosaleda,
y entre un temblor de rosas se va la tarde azul.

DIBUJO DE VAZQUEZ. ARTURO CAPDEVILA.

DE LA COLECCIÓN DE DON JUAN CANTER

ARTE MODERNO

CASTELLANO VIEJO

ÓLEO DE SOROLLA

BLANES VIUDA

Heráldica Argentina

Apellidos Ilustres

Ruiz Guiñazú

RUIZ-GUIÑAZÚ. Con este apellido es conocida en Buenos Aires una familia de ilustre abolengo histórico, originaria de las Montañas de Burgos, cuyos antecesores llevaron unido al patronímico Ruiz los apellidos de Cariton y Grijalba.

Ilustran las crónicas nobiliarias de esta casa don Garci Gutiérrez de Grijalba, a quien el Rey Don Alfonso XI hizo Caballero de la Orden de la Banda (año 1330); Don Garci Pérez de Grijalba, de la Orden de Santiago (1430); Don Juan de Grijalba, descubridor de Méjico (1518), y Don Fernando de Grijalba, descubridor de California (1536). Descendiente directo de estos fué Don Toribio Ruiz de Cariton-Grijalba, nacido en 1786, Caballero de la Orden pontificia de San Silvestre, de la Espuela de Oro, de la Real y Distinguida Orden española de Carlos III, y Comendador de la Americana de Isabel la Católica. Fué padre de Don Luis M.ª Ruiz de Grijalba e Ibarra, de la Real Orden de Isabel la Católica, que pasó a Buenos Aires, donde contrajo matrimonio con doña Dolores Guiñazú Altamira y Silva-Zavaleta.

Escudo partido: 1.º de gules con nueve estrellas de oro, de ocho rayos, puestas de tres en tres. 2.º de plata, y banda de gules con dragantes de sinople salpicados de oro. Por timbre un yelmo mirando al frente, y corona de marqués.

GOWLAND. Apellido originario del Condado de Durham, en Inglaterra.

Don Tomás Gowland, uno de los fundadores de la «Trinity House» de Londres, contrajo enlace con Emma Elisabeth Chamberlayne, de quienes nació don Tomás Gowland Chamberlayne, casado a fines del siglo XVIII con Sara Philipps, de ilustre abolengo; este matrimonio se estableció en Buenos Aires con sus hijos don Daniel, don Tomás, don Juan Mallet y doña Elena, el 28 de junio de 1812.

Don Daniel nació en Londres el año 1798; tomó parte activa en el desenvolvimiento y progreso de la República, siendo uno de los que organizaron el primer ferrocarril argentino (O. de Buenos Aires, año 1852); hizo traer de Inglaterra «La Porteña», máquina, que se conserva en el museo. Fundó la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, y colaboró eficazmente en la obra engrandecedora de Urquiza, Vélez-Sarsfield y Mitre. Estuvo casado con doña María del Rosario Estanislada Rubio, porteña, hija de don Ignacio Rubio, natural de los Reinos de España y de doña Juana del Ribero.

Don Tomás Gowland, nacido en Londres el año 1803, casó en Montevideo con doña Saturnina Gestal, hija del noble español don José Gestal y de doña Juana M.ª Vallejos; falleció en Buenos Aires el año 1873.

Don Juan Mallet se trasladó a Montevideo formando allí su hogar, por lo que fué el tronco de la familia uruguaya de este apellido.

Los Gowland se hallan vinculados en Buenos Aires a las familias de Alvarez de Toledo, Fernández-Blanco, Acosta, Acevedo, Büttner, Moreno, Mac-Nab, Lacroze, Sáenz-Valiente, Ocampo, Peralta Alvear, Quirno, Terrero, Fernández-Hoevel, Zimmerman, etc.

Escudo de azur y sable: dos barras con puntas de arminio, y tres monedas bizantinas. En jefe un Pheon de plata, arma del tiempo de las Cruzadas. Morrión y lambrequines de sus colores y un ciervo trepando mitad oro y mitad gules, circundado de una corona de laureles.

DIAZ DE VIVAR. Solar de Cid: En las cercanías de la ciudad de Burgos existen las ruinas de este esclarecido Solar, donde se levanta un obelisco de piedra con las armas esculpidas y una lápida que recuerda al viajero el sitio donde nació el héroe legendario Rodrigo Díaz de Vivar (año 1026) y su fallecimiento acaecido en Valencia en 1099.

Existen varias ramas oriundas de esta casa, siendo una de ellas la que procede de don Rodrigo de Vivar, Familiar de la Inquisición, nacido en Yeles (Toledo), cuya Ejecutoria de hidalguía fué firmada en la Chancillería de Valladolid el 11 de julio de 1567. Estuvo casado con doña Juana de Salazar, teniendo por hijo a don Lope de Vivar Salazar, natural de Esquivias e igualmente su mujer doña Ana Ureta de Salazar, cuyos padres eran don Francisco y doña Luisa de Palacios (1).

Don Pedro Lope de Vivar Salazar, hijo de los antedichos, nació en Esquivias; fué Familiar de la Inquisición y Caballero de Santiago.

Don Antón Díaz de Vivar, nació en el Portillo de Toledo, y de su matrimonio con doña Francisca de Vivar, natural de Fuensalida, tuvieron por hijo a don Alfonso Díaz de Vivar, marido de doña Catalina González de Toro, y padres de don Lucas Díaz de Vivar, que de su enlace con doña María González nació don Pedro Díaz de Vivar, el cual, en calidad de su hidalguía, vino al Río de la Plata donde fué Teniente Coronel de los Reales Ejércitos, Alcalde de Buenos Aires en 1782, y Consiliario del Real Consulado. Casó el 6 de diciembre de 1766 con doña Melchora Josefa de Salinas y Barranco, progenitores de la rama argentina de este apellido.

En la ciudad de Motril (Granada) existe otra rama del linaje del Cid, que en los siglos XVII y XVIII llevó unido a su patronímico los apellidos Pérez de Pedraza, Ortega de Liegue, Del-Olmo, etc., siendo la última señora del Mayorazgo de esta casa doña María del Carmen Díaz, casada con el caballero hijo-dalgo don Antonio Pintor de Ortega y Rodríguez-Palomino. Dicha señora murió en olor de santidad en el primer tercio del pasado siglo y sus restos descansan en el trono del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza de la ciudad de Motril. Son sus nietos don Antonio Pintor, doña María del Carmen y doña Aurora, residentes, el primero en Santa Cruz de Tenerife, la segunda en Motril, y la última en la ciudad de Granada.

En Italia llevan este apellido los príncipes Vignoli de Cos.

El escudo de armas es cortado; en la parte superior dos castillos de oro almenados donjonados de tres torrecillas y aclarados de azur cuartelados con dos leones gules coronados de oro en campo de plata, que son los de los Reinos de Castilla y León, todo partido por cuatro palos gules en campo de oro, que son los de Aragón, y en la parte inferior, en campo gules, un árbol sinople arrancado y fileteado de oro y un león de este metal pasante a su tronco; bordura general de plata y con letras rojas «Ave María». Al timbre, sobre la celada, un león de oro coronado de lo mismo sosteniendo en la mano una rama de oliva verde.

(1) A esta familia pertenecía doña Catalina de Palacios Salazar, natural de Esquivias, esposa de Miguel de Cervantes Saavedra, el inmortal autor del «Quijote».

Gowland

Córdoba, y de su mujer doña María de Villagrau. Aquellos tuvieron a don José Ignacio de Garmendia y Alurralde, Alférez Real y Regidor de Tucumán, Alcalde ordinario de Buenos Aires, encargado por el Presidente Rivadavia de una misión a Francia y Diputado al Congreso Constituyente por la provincia de Tucumán. Casó con doña Manuela Suárez Lastra, resultando por hijo don José Ignacio de Garmendia, natural de Buenos Aires, General del Ejército Argentino.

Armas: En campo de plata un monte de sinople, del que sale un roble; detrás de su tronco un jabalí y un cazador que le persigue con una lanza de azur.

LASTRA. Antiguo solar del Valle de Ruesga en las Montañas de Burgos.

Entre los claros varones que ilustran este linaje, figura Ruy de Lastra, que se halló en la conquista de Sevilla con el Rey San Fernando (1248). Pedro de Lastra, que guerreó contra los agarenos en los campos de Tarifa (1340). Sancho de Lastra, uno de los conquistadores de Murcia y Lorca, don Manuel de Lastra y de Alvear, Caballero de la Orden de Alcántara, etc.

De Ruy de Lastra, el primero de los nombrados, desciende la familia de este apellido radicada en Buenos Aires, siendo don Bartolomé de Lastra y Solís el primero que vino a América. Fué hijo de don Francisco de Lastra, natural de Sevilla, y de doña Gerónima de Solís. Casó con doña Antonia de Solla y Vera de Aragón (porteña), teniendo por hijo a don Agustín de Lastra, que nació en Buenos Aires el año 1755. Este fué marido de doña Clara Muñoz García de Zúñiga, descendiente de don Gonzalo Muñoz de Castañeda, Alcalde de la Vera de Ruy-Ponte y Señor de las Casas de Muñoz en Burgos.

Blasón: En campo de azur una lastra o losa de oro, y sobre ella un castillo de plata adjurado de azur.

Garmendia

Texto de José M.ª Pérez Valiente.

Díaz de Vivar

Dibujos de Nicanor Alvarez Díaz.

Lastra

MARTÍN GIL

Poco antes de expirar el siglo pasado, celebrábase en París una fiesta intelectual en honor del astrónomo Camilo Flammarion. Presidíala Enrique Poincaré, — la conciencia más amplia que tuvo aquel siglo para apreciar valores científicos, — y recordando que un astrónomo alemán había recientemente bautizado a un astro nuevo con el nombre del festejado, decía jovialmente, ofreciendo a éste la demostración:

—Mi querido Flammarion: yo no tengo otro planeta para ofreceros. Pero os ruego que aceptéis, en cambio, el homenaje admirativo de toda Francia.

Alguien que no fuera Enrique Poincaré, ¿podría decir lo mismo, en la Argentina, de Martín Gil, el gran astrónomo cordobés cuya fisonomía espiritual guarda, por cierto, notable parecido con la de su colega europeo?

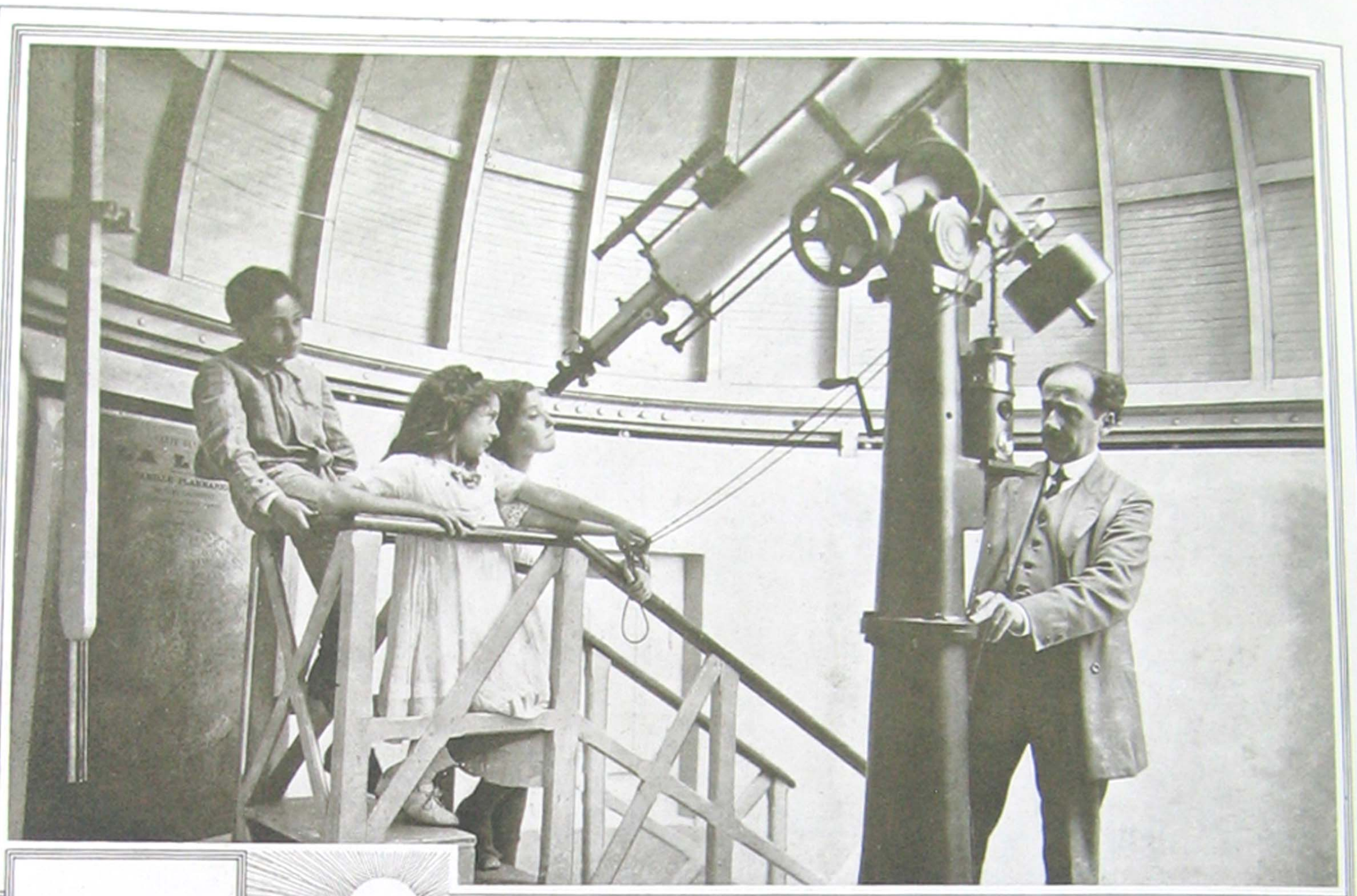
La vida de Martín Gil no es pródiga en grandes acontecimientos. Con el talento de Martín Gil le sería fácil obtenerlos a cualquier político o a cualquier millonario.

Desdeñando esos triunfos fáciles, ya desde muy joven, prefirió Martín Gil consagrar su vida a especulaciones de más alto valorar. Contaba para ello — si hemos de ser justos — con raras condiciones naturales y adventicias. Entre las primeras hay que poner su apasionado amor al estudio, su ardiente celo de investigador, su espíritu imaginativo, templado más tarde por el hábito del análisis, indispensable a todo sabio. Entre las segundas no estará de más mencionar la independencia inherente a una exquisita burguesía y el aire claro, transparente, propicio a la contemplación, del cielo de Córdoba, su provincia natal.

Esta vez, por coincidencia rara, el hombre encontró su ambiente adecuado, refiriéndonos, desde luego, al ambiente físico y económico, pues hay en Córdoba otros ambientes que más de una vez han despertado el justo enojo de nuestro astrónomo. Sin embargo, ya es buena prueba del amor que a su provincia — y más aún a su capital — profesa Martín Gil, el hecho de que las abandone contadísimas veces, como si fuera de su perímetro experimentase un malestar especial. Allí tiene su casa y su observatorio—que es decir, la casa del cuerpo y la del espíritu — donde vive en reclusión un tanto ascética y por todo extremo fructuosa para la ciencia argentina que le debe señaladísimos progresos. La ciencia argentina, hemos dicho, recordando unas palabras de Pasteur, según las cuales «si la ciencia no tiene patria, los sabios la tienen.»

La obra de Martín Gil ofrece dos aspectos: el literario y el científico. Ambos, no obstante, forman una síntesis perfecta. Y haremos notar, de paso, que en ese respecto no es caso único Martín Gil. La mayoría de los hombres de ciencia, ignorantes de lo que es literatura, son maestros en el arte de decir bien las cosas. Martín Gil ha dado a la estampa varios libros. «Agua mansa», «Prosa rural» y «Modos de ver», son los más notables y leídos. Y si ser buen escritor significa, no tanto hacer párrafos cadenciosos como adueñarse de la atención del lector, localizar su sensibilidad, transpasarle en un secreto poder de simpatía las ideas y emociones propias, entonces no cabe duda de que Martín Gil es un grande, un excelente escritor. Contadas por él se hacen de amable gustar las más intrincadas digresiones científicas.

Menos conocida, pero evidentemente superior, es todavía la obra científica de Martín Gil. En su haber astronómico deben contarse, en primer término, sus reiterados aportes al conocimiento del hemisferio austral, tanto como sus estudios sobre las manchas solares (a las que vincula la mayoría de los fenómenos telúricos, magnéticos y sísmicos que se observan en la Tierra), y, en fin, sus trabajos meteorológicos que son, especialmente, los que han contribuido a rodear su figura de respetuosa popularidad.



PRACTICANDO CON SUS HIJOS EN EL OBSERVATORIO.

Y, contra su modestia ingénita, añadiremos que no sólo entre nosotros es popular y respetado Martín Gil. También fuera del propio terruño se le conoce y se le admira.

Recordamos a este propósito que Max Nordau, poco propenso a la admiración, comenzaba una carta dirigida a Martín Gil con estas efusivas palabras: «Permitidme que os felicite por vuestro trabajo, tan brillante como erudito, tan espiritual como sólido...»

En la Argentina, y fuera de ella, son muchos, de fijo, los que subscribirían aquel juicio de Max Nordau sobre ese distinguido hijo de Córdoba, honra legítima del pueblo a que pertenece.

LUIS R. VEGA.

MARTÍN GIL CON SU FAMILIA.

—PLVS VLTRA—

LA VICTORIA DE SAMOTRACIA Y RUBÉN DARÍO

Así como hay horas preferidas de nuestra existencia, que desearíamos prolongar indefinidamente, hay visiones que, como sueños de la fantasía, quisiéramos grabar en nuestra retina...

Fué una tarde, en Barcelona, en aquella enorme roca civilizada del Paseo de Gracia, donde tiene su residencia el Cónsul General de la República Argentina en España; hablamos de arte con don Alberto I. Gache y su hijo, espiritual y sensitivo, en tanto caminábamos por una galería extraña ilustrada de cuadros, que revelan un fino espíritu de selección, y entre los que se destacan «Los Guachitos», de Bernaldo de Quirós, varias telas de pintores modernos, aguas fuertes y pasteles de diversos autores, sanguinas y apuntes del Correggio, Poussin, Aníbal Carracci, el Perugino, etc., y en un frente, varias notas irónicas del celebrado humorista Tito Saubidet que ilustró aquellos traviesos «Cuentos del Tío»... La galería da una impresión de túnel y sospechamos que a su fin se descubrirá una esplendorosa sorpresa.

Una gran puerta se ha abierto de par en par ante nosotros, y la vista se extasía en un maravilloso concierto de colores. Se dijera que la fantasía, Maga Salomé, se ha despojado de sus siete velos y danza una danza embriagadora; ante nosotros se extiende un salón de artista, ideado para que divague por él su espíritu tras las bellas mariposas de los sueños agradables, y pensamos en el opio, en el haschich, en la morfina...

Las paredes decoradas con telas de suaves colores, reproducen escenas de Rubens; dos tapices japoneses nos sugieren un mundo exótico; un lienzo de Quirós nos habla de la Isla Dorada; una mujer española — escuela Goya — nos mira desde su caballete con la majestad de una reina, muy reina y muy mujer; dos cuadros de Marín Ramos, genial impresionista, descubren a mis ojos, como nadie lo había hecho hasta ahora, la Andalucía gitana y trágica; otros de Hongrell, el admirable colorista, nos muestran la huerta de Valencia; y aquí y allá, sedas y mantones de Manila sobre los sofás, plantas exóticas y jarrones de Sakuama y Sèvres... Al fondo, dominando la fantástica decoración, la Victoria de Samotracia, en toda la grandeza de su mármol, inmortal... y nuestra alma de rodillas.. Ante mis ojos asombrados está la figura inquieta y gozosa de don Alberto I. Gache, que me mira con aquellos sus ojos vivaces e irónicos, tras los espejuelos de sus lentes, y luego me dice:

— La última vez que estuvo aquí Rubén Darío (y no agrega al nombre ningún adjetivo encomiástico, como si él los encerrara a todos, por antonomasia), exultó ante este cuadro y escribió unos versos aquí mismo para ofrendarlo a la Virgen Mutilada de la Victoria, dos cuartetas que tienen todo el sabor exquisito de una inscripción helénica.

En un pequeño marco está la bella poesía, una de las últimas del poeta, inédita. Yo contemplo este papel, donde ha escrito el «Divino Rubén» una condensación de su espíritu, con letra clara, sin una mancha, cual la impecable ejecución de una música divina, por un virtuoso...

Mientras el señor Gache lee los versos, emocionado y lleno de entusiasmo, mi corazón palpita con violencia, ensanchado de lágrimas... ¡Oh, esta hora inolvidable, de emoción, de belleza y poesía!

Valentín de Pedro

Barcelona, enero 12 de 1917.

LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

A mi viejo amigo Gache.

La cabeza abolida aún dice el día sacro
En que al viento del triunfo las multitudes plenas
Desfilaron ardientes delante el simulacro
Que hizo hervir a los griegos en las calles de Atenas.

Esta egregia figura no tiene ojos y mira.
No tiene boca y lanza el más supremo grito.
No tiene brazos y hace vibrar toda la lira
Y dos alas pentélicas abarcan lo infinito.

Rubén Darío

Barcelona, enero, 21 de 1914.

DIBUJO DE ÁLVAREZ.

El sombrero de paja

No tengo mucha certeza de mi origen; pero si esta incertidumbre es patrimonio de casi todos los seres que tienen cola de paja, con mucha más razón ha de serlo de aquel cuyo organismo está formado exclusivamente de esa misma materia.

No recuerdo tampoco a quien le he oido afirmar que la parte esencial de mi ser, es pura paja del Japón, elaborada en Londres. Apesar de estas afirmaciones, yo sospecho que mi abolengo ha de ser de más humilde origen, quizá de madera, virutas sacadas de algún sauce llorón, de mustias ramas y hojas colgonas que, según los poetas, *lloran* eternamente sus inaguantables pavadas al borde de los rios. Asi, pues, no creo aventurado afirmar que desciendo directamente de la fresca viruta.

Todo esto y algo más que irá saliendo, diéronme la conciencia de mi ser, haciéndome exclamar en latin de enciclopedia, para darme corte: *Cogito, ergo sum*.

Manos pecadoras, ágiles y diestras, pero celosas de mi existencia, me acicalaron con esmero, me plancharon y engomaron, fajándome por fuera con cinta de seda negra, y por dentro con badana color café con leche; y enseñándome de este modo rudimentarias reglas de aceptable estética, colocáronme en un escaparate en unión de otros compañeros para recreo de la vista y a la espera del ansiado dueño.

A guisa de señuelo, y ocultando la noble divisa de mi estirpe *Honni soit qui mal y pense*, estampada en el forro, —con que siempre bautizan el origen dudoso de todo sombrero, — pusiéronme un cartel que decia con signos bien visibles: Pesos 4, y al lado, muy pequeñito, 90 centavos... Y recién entonces empecé a comprender los fines egoistas de tan esmerado atildamiento.

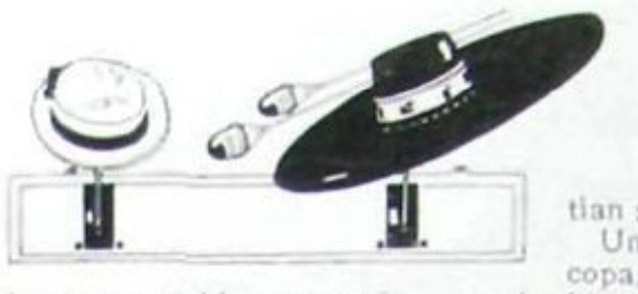
Agrupados a mi alrededor tenia compañeros humildes, algunos de edad avanzada, que me inspiraban muy poco respeto. La arista viva de la copa (hoy se usa redondita), el precio marcado, inferior al mio, y su color ámbar pálido demostraban su vejez.

Blancas camisas, algunos pañuelos colocados en forma de cucuruchos, un par de bastones de puño curvo y anillo de metal, ligas de goma, tiradores, varias corbatas y unos cuantos pares de *pasadores* completaban mi compañia.

Cierto dia, bien a mi pesar, fuéme imposible contener la risa ante la exclamación de dos transeuntes que contemplaban a mi humilde compañero: «Mirá ese sombrero, —decian, — parece arroz a la milanesa».

Empezaron a nacer en mi ansias de libertad y mis deseos para salir de aquella prisión fueron creciendo. Hice depositaria de mis anhelos a una corbata marrón cruzada de celeste (¡linda combinación!), que colgaba a mi lado. La corbata oscilaba como queriendo decir: «tené paciencia; fijáte en mi resignación... y estoy colgada». Por la manera de decir *fijáte* comprendí que mi compañera, apesar de la marca parisiense que ostentaba, era como yo: criolla.

Por las noches, el estrépito formidable de las persianas de hierro corriéndose ante el *vidrio del escaparate* y la falta de luz me indicaba bien a las claras que habia llegado la hora del sueño... y las meditaciones.



Una mañana de calor insoportable y envuelto en sutil papel de seda, después de pegarme dos iniciales en el forro, abandoné sin pena el lugar de mi reclusión, tocando, horas después, la cabeza de mi dueño y señor, un peticito regordete, de aspecto vulgar, anchas espaldas y algo chueco, que abonó por mi los cinco de la nación que en forma capciosa marcaba el precio de mi libertad.

Y respiré. Y rodé por la ciudad en sentido figurado y en sentido real. Vi la Avenida, los restaurantes baratos, los teatros del género chico, Palermo (¡no faltaba más!) y supe lo que era el vermouth con soda y manises. Poco a poco empecé a mudar el color, iniciándome en la teoría de los complementarios; pero pa pior, porque la obscuridad que paulatinamente iba adquiriendo empezaba a denunciar la humilde madera de mi origen. Una ligera capa de grasa mezclada con esencias baratas empezó a cubrir sin respeto el escudo nobiliario de mi familia, y tuve que pensar mal de mi dueño, desobedeciendo la recomendación de mi emblema. A veces, la humedad me ponia blando y pegajoso, sin que por esto se preocupasen nada de mi pasiva existencia.

Muchas noches, al volver a casa, ya tarde, se me arrojaba sobre una silla despectivamente, y si caia al suelo, en él se me abandonaba, al lado de los botines, hasta la mañana siguiente. Hechos de esta naturaleza me hicieron perder alguno de los dientes con que adornaba el ala otrora, y pensar, por ende, que estaba en manos de un guarango devorador de muchos de mi especie. Esta sospecha *mia adquirió consistencia* oyéndole pronunciar esta frase: «No sólo de pan vive el hombre».

Una vez, tan solamente una vez, sin que pueda precisar dónde, empecé a sentir las primeras ansias amorosas. Me colgaron en una percha, próximo a un amplio sombrero de mujer que exhalaba suave y delicado perfume. Al sentir mi vecindad me miró fijamente con las negras cabezas de sus largas agujas que a mi se me figuraron brillantes ojos. Sostuve la mirada, y al acercármele para acariciarle amoroso con mi ala dentada, *giró levemente* y me volvió la espalda. En el acto comprendí que me habia tomado por un rancho ordinario.

El matiz marfilino y terso que orgulloso luciera pasó a ser un recuerdo. Los dientes que aún quedaban en mi borde, desaparecieron ante el burdo corte de espantosa tijera, que al mutilarme afeó para siempre el gracioso óvalo del ala. El color de la badana habia pasado del claro avellana al siena brulé; y del forro renuncio a hablar por respeto a mis antecesores.

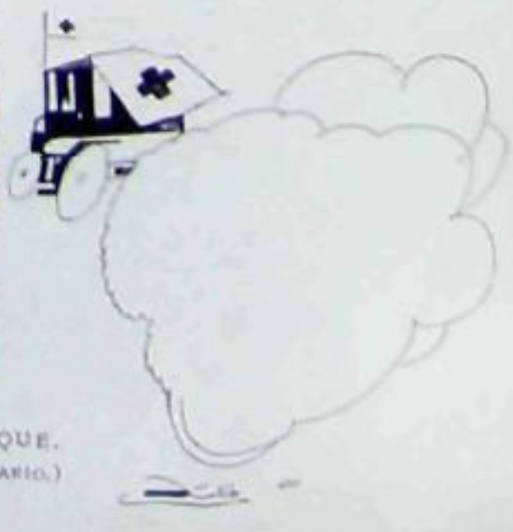
No quisiera entrar en pormenores de las escenas que presencié los últimos carnavales en una vereda de la Avenida de Mayo. ¡Qué horror! Confieso que creí llegado mi último momento. Las palabras de grueso calibre se cruzaban de los coches a la vereda y viceversa, mientras la concurrencia sudaba, como changadores, arrojando serpentinas. La palabra ¡pato! era el leit-motiv de los diálogos, tan faltos de *ingenio como* sobrados de groserias. Y todavia no sé porqué una palabra tan tonta habia conseguido tan marcado éxito, porque todos la repetian sin descanso: ¡patos!... ¡patos!...

Un formidable garrotazo aplicado a mi copa, de atrás, con premeditación y alevosia, hizo crujir mi frágil armadura abollándola de un modo lastimoso y modificando la elegante linea que tan orgulloso me tenia. Caí sobre una maraña de serpentinas llenas de polvo, y estuve a punto de ser triturado a pisotones si no me saca prontamente mi dueño de aquel nuevo peligro. Un golpe de puño, aplicado de dentro a fuera, vino como remedio a corregir en parte mi maltrecha figura, atenuando los desperfectos del golpe anterior. Y aunque bastante dolorido, seguí por largo rato escuchando los gritos de la muchedumbre: ¡patos, patos!...

El verano terminaba y con él el término de mis angustias, acercándose la hora de la liberación definitiva. Mi noble misión, pasiva y serena, estaba cumplida. Por pesos cuatro noventa no se podia pedir más; mi conciencia dormia satisfecha.

Un dia de fuego, fatigoso y enervante, de viento norte sostenido, que hacía el aire irrespirable y la temperatura de horno, el sudor de mi dueño empapaba la badana y mis alas crujian arqueándose de puro resecas. Cuatro o seis gotas de lluvia, gordas y sonoras, vinieron a estrellarse como huevos sobre mi deslucida copa. Fué la señal. Momentos después, un verdadero diluvio se desplomaba con furia sobre mi frágil organismo inundándome hasta la asfixia. El viento huracanado del sur, en cambio brusco, empezó en melopea a secundar la lluvia, azotándome sin piedad, con rabia, como si yo le hubiera hecho algo malo; hasta que una ráfaga más pujante, de latigazo, me arrancó violentamente de la cabeza de mi dueño, arrojándome al espacio con fuerza tal, que bien podia tomarse como acto deliberado de precipitada fuga. Por pronto que quisieron sujetarme ya era tarde. Choqué violentamente con el poste de una farola y vine al suelo. Y empecé a rodar vertiginosamente de costado, de frente, sobre el borde como rueda de coche, locamente, en carrera fantástica arrastrado por la fuerza impulsiva que me dominaba. Caí en un charco de plano, como un sapo, y el agua me retuvo unos momentos. Llenándome de fango y azotándome con su oleaje. Confusamente llegó hasta mi el agudo repiqueteo de una campana que sonando con intermitencias se me acercaba por momentos. Entre la espesa lluvia vi flamear una banderita blanca con una cruz verde en el centro, y sospeché que la ambulancia de la Asistencia Pública venía en mi auxilio. Un instante, un punto, renació en mi la esperanza. El auto se me vino encima, precipitadamente, ciego como la fatalidad, triturando mi frágil armadura, que quedó deshecha, horrible, espantosamente deforme, exhalando en doloroso crujido los últimos destellos de vida.

Y quedé muerto de traumatismo paradójico, aplastado por los neumáticos de una ambulancia de la Asistencia Pública; pero en mi ley, como mueren los seres superiores, con la sonrisa en la copa y ahuecando el ala.



ANTONIO CAÑAMAQUE.
(ALBACEA TESTAMENTARIO.)

DIBUJOS DE ALONSO.

Vicente Puig
Las dalias rojas

DE MONTEVIDEO

PRIMER SALON MUNICIPAL DE BELLAS ARTES.

Una exposición, es el más grato acontecimiento artístico, para autores y aficionados, pues demuestra cuales son las predilectas orientaciones, y el estado de las artes, en aquel momento.

La vecina ciudad de Montevideo ha celebrado su primer salón municipal de arte, realizando una labor digna de encomio, y que ha dado resultados excelentes. En las exposiciones americanas, se atenúan, felizmente, las clasificaciones y enconadas luchas de escuela que tanto perturban las lides artísticas en Europa. La pintura moderna tiene un vigoroso nucleo de cultivadores en Montevideo. Muchos de estos artistas uruguayos estuvieron en los países del viejo mundo, y su contacto con los maestros contemporáneos, se percibe en la totalidad de su esfuerzo, si bien haya manifestaciones de originalidad y personales sensaciones.

Blanes Viale presenta su «Recuerdo de España» de colorido acertado, y tres estudios, tratando de ejecutar la difícil tonalidad del agua bajo poderosa luz. El catalán Puig cumple acertada misión en el cuadro «Las dalias rojas», adquirido por don José Batlle y Ordóñez. Arzadum, Rodriguez y Giuria presentan un considerable y valioso conjunto de

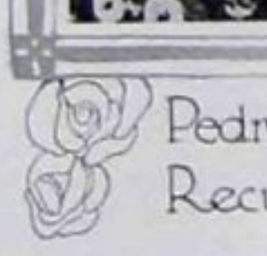
José Zorrilla de San Martin
Busto

Pedro Blanes Viale
Recuerdo de España

E Laroche
La vieja amiga del rincon del bosque

cuadros. Etchebarne Bidart, cultiva el paisaje; entre sus lienzos figuran recuerdos de aquel pequeño paraiso, perdido en pleno Mediterráneo, que se llama Mallorca. El ruso Aaron Bilis tiene cuatro obras interesantes. H. Berta, presenta una buena colección de miniaturas. M. Rose expone el cuadro «Vieja Bretona», premiado en la exposición de San Francisco, y algunos paisajes.

La escultura, se reduce a 20 representantes, entre los que descuella de modo indiscutible José Luis Zorrilla de San Martin, — hijo del ilustre autor de *Tabaré*, — quien es autor de un magnífico busto en bronce que satisface las mayores exigencias de crítica. Gervasio Furest, es un joven de veintitrés años, que se revela por la seguridad y maestria, en esa edad en que aun los jóvenes balbucean y apenas se atreven a dirigirse e imitar al que le inicia en su arte. El busto del periodista uruguayo don Dermidio Demaria, es notable de ejecución, energía y parecido. Cantú presenta varios bustos, de Laroche y otros artistas. Morelli es agradable, salvo algunos defectos de técnica fáciles de subsanar mediante el cuotidiano estudio. La beduina de Maveroff, es nostálgica y tiene todo el encanto y sugestión de los remotos y fantásticos países orientales. Por último, Pagani revela su continuo estudio y psicológicas condiciones en «Alcoholista» y «Cabeza de estudio».



J Furest
Busto de Dermidio-Demaria.

Tal es, brevemente resumida, la exposición que los pintores y escultores de la vecina república han celebrado bajo benévolos y favorables impulsos, que no siempre se encuentran, en la indiferencia de los dias actuales, para cuanto significa la vida del arte.

Sin duda los próximos y sucesivos certámenes tendrán un valor creciente, puesto que los organismos nuevos siempre tienen errores y defectos que es necesario subsanar poco a poco, para alcanzar la codiciada perfección.

En las repúblicas sudamericanas existe hoy en gestación un importante movimiento artístico, del que exposiciones como esta de Montevideo son signo revelador, y favorable augurio de grandezas.

El salón se instaló en los sótanos del Ateneo y se vió asiduamente concurrido por el público interesado en el triunfo del grupo de artistas juveniles y animosos.

CORRESPONSAL.

El carnaval de las niñas

ARTÍSTICO GRUPO DE NIÑ

FOTO DE ARCAS

FIRMAS AJENAS

EL INCIDENTE REAL

EL REY DE GOURDON

DIBUJO DE FRIEDRICH

El joven rey y la joven reina hicieron su entrada por la puerta real, una brecha que se abre en la muralla con motivo de solemnes ocasiones, cuando el soberano vuelve de una guerra o de una victoria. Los antecesores del joven rey han pasado doce veces por allí; doce veces se batió la brecha, doce veces fué restaurado el muro; pero hace varias generaciones que la puerta real permanece tapiada y bajo una cortina de perezosa hiedra, símbolo de paz y decadencia.

Arrancada la hiedra, el vencedor entró.

El cortejo es sencillo y magnífico: abren la marcha filas de jinetes, al aire los penachos de crines, enhiestas las lanzas. Después, en una carroza descubierta, los reyes: el rey oprimido como una avispa en un coselete de terciopelo rosa, y la reina, semejante a una libélula, en un coselete de seda violácea bordada de topacios. La guardia escolta el coche, y cerrando el cortejo vienen unos soldadotes de acerados cascos, cuyos hombros se doblan bajo el largo y pesado arcabuz. El cortejo es fastuoso y como lo soñamos en las leyendas y los encantadores cuentos antiguos.

Respetuoso y curioso, el gentío se agolpa, pero sin demostrar cordialidad ni júbilo. Parece enojado, pensando que se privó a la capital de las fiestas de las bodas reales, y que el vencedor la traía en la persona de la hija del vencido, más bien una esclava coronada que una reina.

Sin embargo, la joven reina sonríe y el rey saluda a su pueblo.

Largos instantes transcurrieron así; el cortejo avanza lentamente; mas sin detenciones, sin bullicios. La dorada carroza parece un majestuoso galeón que navega en aguas tranquilas.

La demasiada moderación de los pueblos inquieta a los reyes, lo mismo que un mar demasiado apacible inquieta a los capitanes. La reinecita, la hija del vencido, inclinándose hacia su esposo y sin dejar de sonreir al pueblo, pronuncia algunas palabras, sin duda convenidas de antemano, porque el rey sólo responde con una señal. En aquel momento, un edecán dirige su mirada a la carroza; el joven rey lleva, con aire ingenuo, la mano al mentón, y el edecán repite el gesto, sin que ningún incidente sea la consecuencia inmediata del misterioso cambio de señales.

Poco a poco, el gentío crece y una visible marejada agita ligeramente la superficie del tranquilo océano. Hay corrientes, remolinos, pero apacibles, dulces, silenciosos. Llegaron por fin a una calle más ancha, todavía mal despejada porque el cortejo marchaba con relativa e imprevista rapidez. La gente corrió hacia las aceras, intimidada por los caballos, por las lanzas y por el aire brutal de los jinetes. La comitiva moderó el paso; pero de pronto, sin causa aparente, uno de los caballos de la carroza dió una huida; el tiro, manejado por postillones hábiles, vacila un instante, luego se arroja violentamente sobre la izquierda y rompe la fila de soldados. Varios imprudentes se adelantan; uno de ellos rueda bajo las patas de los caballos.

Entonces, bruscamente como un equipo de circo, los seis caballos de la carroza real recobran la calma, se detienen inmóviles.

El rey salta a tierra y, llegando el primero hasta donde está el herido, lo toma en brazos. Instantáneamente, de en medio de la muchedumbre, ha poco tan sosegada, casi muda, surge un rugido que en seguida estalla, como un formidable trueno de aclamación. A ese pueblo, inactivo, que se limitaba a mirar, la acción del rey le pareció una maravilla de heroismo. Aquellos caballos sofrenados instantáneamente, el rey saltando de su carroza, corriendo en auxilio de un desconocido, víctima, sin duda, de la imprudencia o de la curiosidad, ¡qué ocasión para entusiasmarse! Y la multitud siente el escalofrío admirable e inconsciente que suelen provocar en ella los actos inesperados.

Pero cuando la muchedumbre ve al joven monarca instalar al herido sobre los cojines reales, al lado de la reina que se apresura a enjugarle dulcemente el rostro y las manos, fué aquello un indescriptible delirio, y hasta el ejército lanzó frenéticos vítores.

—¡Qué buen rey! —exclama el pueblo. —¡Qué buena reina! ¡Solamente un rey puede ser tan bueno! ¡Solamente una reina puede ser tan buena! ¡Y qué hermosos son! ¡El rey tiene una nariz verdaderamente real y la reina unos ojos tan dulces como los de la Virgen!

La muchedumbre se enterneció. Un reguero de gritos de amor se enciende a lo largo de las calles, ¡hasta más allá de las murallas, hasta los campos, hasta las selvas, hasta los montes!

Mientras tanto, los médicos han acudido, y un coche viene para transportar a la víctima.

—Llevadle a palacio, a mis habitaciones —dice el rey. —Se le cuidará como a hermano mío.

Estas palabras, bien pronto repetidas por todas las bocas y en todas las orejas, aumentaron aún más aquel delirio que llegó al paroxismo. Estas palabras franquean las puertas, las ventanas, las paredes: suben a los graneros, descienden a los sótanos, y toda la ciudad se echó a las calles. Los ciegos lloraron porque no podían ver; los sordos porque no podían oir; los paralíticos y los enfermos de fiebre se arrastraron hasta el alféizar de las ventanas.

El montón humano llegó a ser tan compacto que se tardaba una hora en atravesar la gran plaza. De cuando en cuando, el rey se levanta, agita su casco de plumas de cisne, y se forman trombas de gritos que se desbordan como cataratas. El rey hace que la reina se ponga de pie sobre los almohadones del carruaje y la presenta al pueblo. Desde entonces el júbilo y la admiración fueron tan grandes que la palabra no puede describirlos. Hubo un minuto de silencio religioso.

De repente, como vencida por la emoción, la reina deja caer su cabecita sobre el hombro de su esposo; el rey la besa en la frente y el espectáculo de este idilio real reanima el entusiasmo. El volcán popular lanza un haz de llamas.

Mientras tanto, un movimiento se organiza entre la muchedumbre, cuyas filas se abren para dejar paso a unos hombres fuertes y resueltos. Cuando hubo treinta alrededor de la carroza real, su voluntad se manifestó claramente: desenganchan los caballos, toman su puesto y, con gran alegría, se dedican a tirar de sus arreos.

Así concluyen, por lo común, tales ovaciones; los hombres no pueden haber imaginado un signo más manifiesto de esclavitud.

El delirio se acrecentó. Las mujeres desafiaban el aplastamiento con tal de besar el polvo del marchapié real.

En medio de clamores heroicos, el cortejo reanuda la marcha, mientras la reinecita aprieta convulsivamente la mano del joven rey.

Se miraron; en sus ojos había amor.

Desde Italia

Los púlpitos

El origen de los púlpitos se remonta a la religión hebrea. La Biblia dice que Salomón mandó erigir en medio del templo una tribuna de bronce, desde la cual, extendiendo las manos, se arengaba al pueblo escogido de Dios; y el sacerdote Esdras hablaba al pueblo desde lo alto de un púlpito de madera.

Esta costumbre hebrea fué imitada por los cristianos en los comienzos de la nueva doctrina, pues a más de la cátedra o púlpito episcopal que utilizaba el obispo para predicar o presidir la asamblea de fieles, se erigieron en el recinto del coro dos y aun tres púlpitos que servían para la lectura de los libros sagrados. Los latinos llamaron a estos púlpitos *lectorium*, y los griegos *Ambon*, y son, según los arqueólogos, el prototipo de la cátedra de predicadores.

Según el templo o lugar donde se instalaban, eran los púlpitos de materia y estructura diversas, y, entre ellos, muchos representaban un alto valor artístico. En Italia, los hubo bellísimos. Gregorio, obispo de Tour, hablando del púlpito de la iglesia de San Cipriano, escribe: «Cuéntase, que en la basílica de San Cipriano, en Cartago, el púlpito donde se instala el libro para cantar o recitar es de maravillosa estructura, esculpido en un solo bloque de mármol, y se compone de un plano superior al cual se llega mediante cuatro gradas, una balaustrada de columnas y un púlpito propiamente dicho, sobre el cual puede haber hasta ocho personas.»

Otro autor griego describe de este modo el púlpito que hizo construir el emperador Justiniano en la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla:

PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN JUAN, RAVELLO.

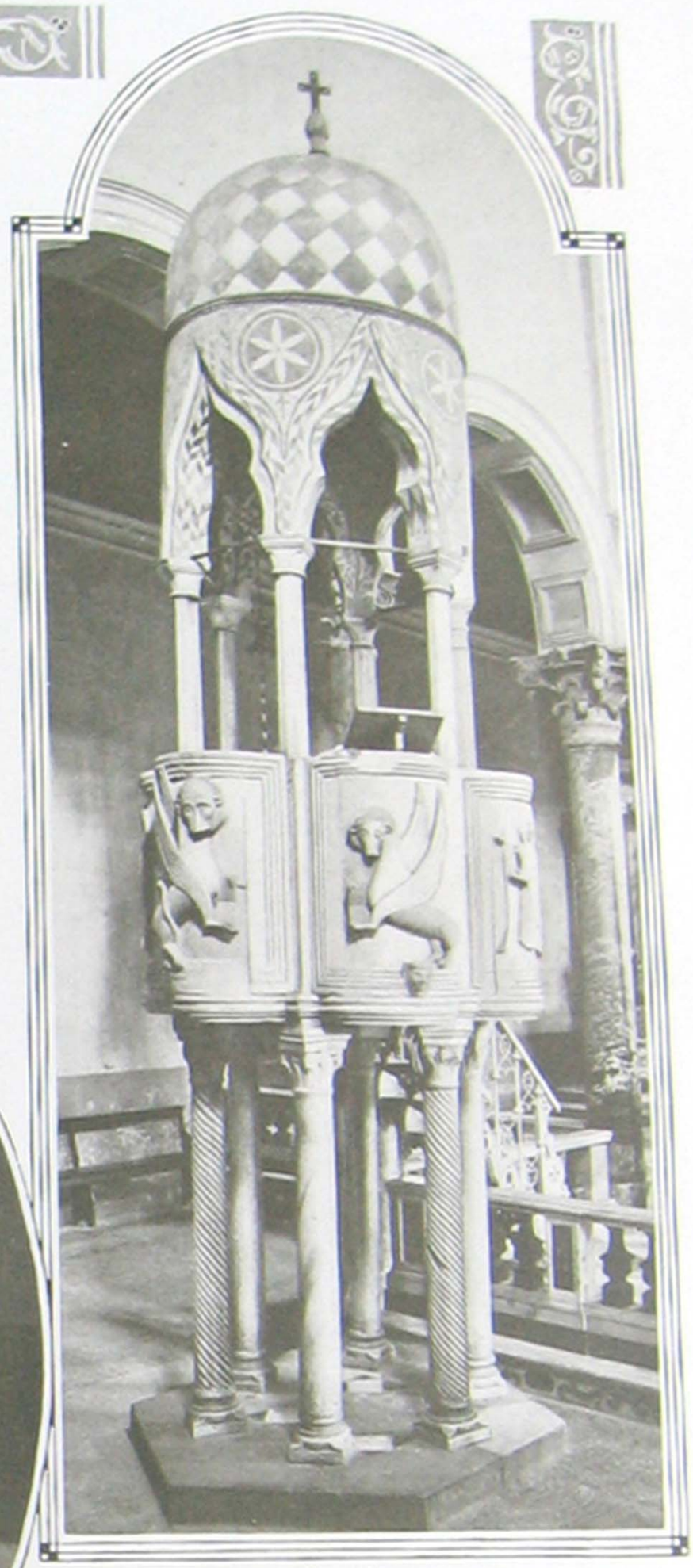
«El emperador hizo levantar un púlpito sustentado por una base y cubierto de oro, enriquecido por piedras preciosas y perlas. Algunas columnas, con los capiteles de oro, decoraban la parte superior, sobre la que se alzaba una cruz de oro del peso de cien libras, ornada de finísimas perlas.»

El púlpito más antiguo que se conoce, es el de la iglesia de San Clemente, en Roma, que data del siglo IX. Este púlpito presenta tres tribunas diferentes que, según Martigny, tenía cada una su peculiar uso: «El plano superior provisto de un atril, donde podía colocarse el libro, estaba reservado al diácono que cantaba el Evangelio con la faz vuelta hacia el pueblo; en él se promulgaban los edictos, las órdenes y censuras de los obispos; en él se recitaban los elogios fúnebres, se anunciaban los ayunos, vigilias y fiestas; se leían las cartas de paz y fraternidad, las actas de los martirios en día de aniversario; en él se hacían públicos los nuevos milagros para edificación de los fieles; en suma, desde esta tribuna el sacerdote catequizaba e instruía al pueblo, y los neófitos hacían profesión de fe. En la segunda grada, un poco más baja, se leía la Epístola, y el subdiácono que desempeñaba esta misión tenía el rostro vuelto hacia el altar. El tercer plano era utilizado por el clero menor que leía las otras partes de la Escritura. Al púlpito se fijaba una punta de hierro, que servía para sostener la antorcha que iluminaba las oraciones nocturnas. Otras veces, como se ve en San Clemente, el púlpito estaba provisto de un gran candelabro para sostener la antorcha del evangelio, hasta que el uso la substituyó por dos acólitos colocados a los lados del diácono alumbrándole durante la lectura.»

PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN SIXTO, VITERBO VIEJO.

Además del púlpito de San Clemente, merecen citarse, en Roma, los de Santa María in Cosmedini, y San Lorenzo, que unen a su rarísima antigüedad una elegancia y sencillez excepcionales.

Los más antiguos púlpitos bizantinos presentan notable semejanza con los latinos. Con el



PÚLPITO DE LA CATEDRAL DE GRADO.

PARTE POSTERIOR DEL PÚLPITO DE LA CATEDRAL DE TERRACINA.

PÚLPITO AL EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE PRATTO (DONATELLO).

PÚLPITO DE LA IGLESIA DE LA SANTA CRUZ DE FLORENCIA (BENEDETTO DA MAIANO).

tiempo, se hicieron uno solo el púlpito para la lectura de los textos sagrados, y el que se dedicaba a la predicación.

En todo el occidente se encuentran púlpitos monumentales de los siglos XII, XIII y XIV, como por ejemplo los de Canova, de Santa Maria en Toscanella, de San Ambrosio en Milán (XII) y de la abadía de San Miniato en Florencia, donde se señala el momento de transición en que se traslada el púlpito construido anteriormente en el recinto del coro, al centro de la iglesia, para facilitar la audición de la palabra del predicador.

En general, a partir de Nicolás de Pisa, que hacia 1260 hizo el célebre púlpito para el baptisterio de su ciudad natal, muchos grandes artistas del Renacimiento siguieron su ejemplo realizando maravillas, como los dos púlpitos de la iglesia de San Lorenzo, en Florencia, diseñados por Donatello, y continuados por su discípulo Bertoldo.

Según he dicho, los púlpitos han sido construidos de las más diversas formas arquitectónicas, y ha variado considerablemente la disposición de las gradas de acceso, como puede verse en una fotografía, mejor que en largas y minuciosas descripciones.

RAFAEL SIMBOLI.

PÚLPITO DE LA IGLESIA DE S. M. NOVELLA DE FLORENCIA (PRUNELLESCHI Y MAESTRO LAZZERO).

PÚLPITO LLAMADO DE S. BERNARDINO, EN EL ÁNGULO DE LA FACHADA DE LA IGLESIA DE VITERBO.

PÚLPITO Y CANDELABRO EN LA IGLESIA MATRIZ DOMINADO DE ABRUZZO.

EL OBSTACULO

POEMA EN PROSA

Por

AMADO NERVO

Para «PLVS PLTRA».

Por el sendero misterioso recamado, en sus bordes, de exquisitas plantas en flor y alumbrado blandamente por los fulgores de la tarde, iba Ella, vestida de verde pálido, verde caña, con suaves reflejos de plata, que sentaba incomparablemente a su delicada y extraña belleza rubia.

Volvió los ojos, me miró larga y hondamente y me hizo con la diestra signo de que la siguiera.

Eché a andar con paso anheloso, pero de entre los árboles de un soto espeso, surgió un hombre, joven, de facciones duras, de ojos acerados, de labios imperiosos.

— No pasarás, — me dijo, — y puesto en medio del sendero abrió los brazos en cruz.

— Si pasaré, — respondíle resueltamente; — y avancé; pero al llegar a él, ví que permanecía inmóvil y torvo.

— ¡Abre camino!, — exclamé.

No respondió.

Entonces, impaciente, le empujé con fuerza.

No se movió.

Lleno de cólera al pensar que la Amada se alejaba, agachando la cabeza embestí a aquel hombre con vigor acrecido por la desesperación; más él se puso en guardia y con un golpe certero me echó a rodar a tres metros de distancia.

Me levanté maltrecho y con más furia aún, volví al ataque, dos, tres, cuatro veces; pero el hombre aquel, cuya apariencia no era de Hércules, pero cuya fuerza si era brutal, arrojóme siempre por tierra, hasta que al *fin, molido, deshecho, no pude levantarme...*

¡Ella, en tanto, se perdía para siempre!

De muy lejos me envió una postrer mirada de reproche:

— ¿Me dejas partir? — parecía decirme.

Aquella mirada reanimó mi esfuerzo e intenté aún agredir a aquel hombre obstinado e impasible, de ojos de acero; pero él me miró a su vez de tal suerte que me sentí desarmado e impotente.

Entonces, una voz interior me dijo:

— ¡Todo es inútil: nunca podrás vencerle!

Y comprendí que aquel hombre era mi Destino.

DIBUJOS DE ALONSO

Veraneando

Querido papalto: Acabo de recibir su cartita. ¡Qué bueno es usted con su pequeña! ¡Y qué alegría me dan sus palabras! Ya ve usted lo que son las cosas: ayer estaba triste y todo lo veía feo; hoy que estoy contenta, todo me parece lindo y no sé darme cuenta cómo esto mismo me pareciera ayer tan feo, tan aburrido, mientras hoy lo veo realmente encantador.

He leído «Doña Perfecta» y «Nazarín»; ahora leo «Los muertos mandan». Yo prefiero Blasco Ibáñez a Pérez Galdós; — quizá esté en un error. — Lo prefiero por sus descripciones, por todas esas minuciosidades, que si a muchos, no dudo, aburrirán, a mí me convidan a saborear con más ganas el cuento.

Aquí es campo completo. Estoy escribiendo frente a una pequeña ventana con rejas. El sol golpearía de pleno en esta ventana, a no resguardarla un parral frondoso. Uno que otro rayo que penetra entre las hojas, deja muchas monedas de oro, de esas moneditas de que habla Arrieta, sobre mi mesa. ¡Si fuera oro de veras!

Mas, pensando bien, el oro puede dañar, a veces; mientras estas lindas monedas de sol, hacen bien, siempre bien y a todos, ricos y pobres sin distinción.

Bajo esta ventana hay mucha hierbabuena, muchas plantitas aromáticas que embalsaman el aire a su alrededor; algún soplo de viento trae verdaderas oleadas de perfumes, perfumes de campo agreste, fuerte y sutil al mismo tiempo. (Usted que rebusca en el campo etimológico: ¿no cuadra aquí el adjetivo «nimio»? ¿No es nimio, o sea sutil, o sea complejo y prolijo, el perfume de campo?) ¡Quién pudiera ser una plantita de menta! Desparramar así toda su vida en perfume, y secarse dulcemente, una tarde, bajo la caricia del sol!... Así mueren esas plantitas.

Son muchas. Yo las conté de gusto; pero cada mañana hay una seca y dos tiernas que brotan. Cuando me muera yo, ¿dejaré dos brotes, dos flores donde yo pueda, aún después de muerta, seguir viviendo?

Si viera usted que efecto me hace el campo. Aquí todo brota, todo nace; y toda esta vida se comunica lentamente a nosotros, penetra blandamente y con dulzura, pero penetra: se siente necesidad de expansión, de vida más ancha; de hacer algo grande, pero sencillo: no cosas de arte, cosas de ambición que causen envidia, como se desea en las ciudades, no; aquí se desea una cosa más grande: dar vida, comunicar todas estas ansias, esta sed, este deseo a algo, a alguien; y como aquí todo brota y nace, se desea que algo de nosotros también nazca, brote. Un hijo, por ejemplo. Creo que sería una cosa divinamente hermosa, vivir aquí y tener un hijo. Qué locura, ¿verdad?

Pues, papalto, locura o no, acá se desea eso. ¿No dicen que la naturaleza habla? ¡Y bueno! eso es: desde la yerba más pequeña, hasta el árbol más corpulento, no dicen más que eso, no repiten otra cosa: vida, vida, vida.

Y yo, que no puedo, como hacen los árboles, echar un ramo más, un gajo nuevo; o llenarme de puntos como estos arbolitos enanos que tengo frente a mí, pequeñísimos, jóvenes, pero pródigos de duraznos, ¿qué quiere que haga? Pues, un hijo. ¡Qué lindo sería tener un retoñito, rechoncho, rosado, hermoso, que jugase con frutos de duraznos o con retoños de árboles, como tantos chicuelos! Y creo que los árboles estarían contentos de ver a sus retoños jugar con mi chiquito.

Estoy contenta, contenta, contenta; y tengo ganas de correr, saltar, revolverme en el pasto como hacen los potros (éstos también los veo desde aquí: ¿se da cuenta usted de cuantas cosas se ven desde mi ventana?)

Y veo también una torre redonda, llena de agujeritos en su parte superior: es el palacio de las palomas; y un runrún continuo me hace una simpática compañía, junto con el murmullo de los eucaliptos, pinos, cipreses, plátanos, álamos, acacias y todos esos otros árboles que no conozco y que como un hermoso bosque me rodean.

Se me ocurre encontrarme entre uno de esos cuadros de Octavio Pinto, leyendo un libro de versos de Pascoli; y es lindo ilusionarse así.

A lo lejos, hasta donde alcanza mi vista, toda una extensión verde, lisa, igual, de trecho en trecho cruzada por grandes fajas de tierra morena, que está, como me dijeron, destinada al cultivo de la papa; y la extensión está sembrada de bueyes y caballos que parecen estatuas de madera, puestas allí para réclame de algún específico milagroso. Sólo los potros salvajes y los toritos de sangre briosa, corren de un lado a otro del potrero.

Más lejos aún, muy, muy lejos, hay una mancha azul violeta, que parece más bien un borrón en el cielo; hace el mismo efecto que las goteras de pintura en los bordes de una acuarela. Pues, esa es la estancia más cercana por este lado: puede figurarse lo distante que está.

La carta se ensancha, como parece ensancharse el horizonte en las horas del ocaso. Y termino. Termino cortando el deseo de hablarle a usted.

¿Se acuerda usted, papaito, de aquellos versos de Mistral que traducíamos juntos?

«Si ce n'est aujourd'hui, ce sera pour demain: — dès que la violette embaume, — le papillon voltige sur elle, — et la fillette a son amant, — dès que son sein en pommes s'arrondit.

Si ce n'est aujourd'hui, ce sera pour demain: — cela ne dure pas, lorsqu'il pleut ou qu'il neige. — Le soleil se lève pour tous — et la goutte de rosée qui se forme — luit aussi bien que le diamant.»

No sé por qué, pero me parece que ellas expriman muchas cosas de las que yo hubiera deseado escribirle.

Bueno, bueno: ya sé; oigo desde acá su reproche: — ¡Pero, chica, qué atrevida!

FOLCO TESTENA.

DIBUJOS DE CENTURIÓN.

LA SALIDA A ESCENA

EL ULTIMO DETALLE

Laud de Conquistadores

Romance a la manera antigua

Por
Antonio Perez Ucliente
Dibujado, iluminado y manuscrito por Sirio

Por tierras del Tucuman
con un tropel de caballos
cruzan los conquistadores
castellanos

Llevan celadas de hierro
sobre los rostros barbados
y en los pechos aguerridos
férreas cotas de Damasco.
Las brillantes armaduras
las espadas y los cascos
bajo el rojo sol de America
brillan con fulgores trágicos,
y al ver sus pétreas figuras
sobre los potros frenados
los castellanos parecen
mas que guerreros, centauros.
Firmes como sus corazas
cruzan veloces los campos,
las cordilleras, los rios,
los bosques y los pantanos;
y cuando el sol de la tarde
tiñe de rojo los páramos,
en heróicos escuadrones
van pasando, van pasando.

Como capitan y jefe
manda la tropa de hidalgos
el noble Don Ruy de Riglos,
y como Alferez Juan Davalos.
Tribus indias los descubren:
y haciendo jugar los arcos,
mil flechas envenenadas
cruzan el viento silbando.
Con los aceros desnudos
avanzan los castellanos
Corazones de leon
matan y mueren matando;
por donde una espada entra
sale una vida... y en tanto
que los indios naturales
se defienden como bravos,
las gentes de Ruy de Riglos
hacen en ellos estragos;

hunden pechos a estocadas,
cortan cabezas a tajos,
desmembran brazos y piernas,
matan y siguen matando.

Corazones de leon
tienen a los araucanos
cuyas mortales heridas
riegan de sangre los campos;
y cuando torna triunfal
la férrea tropa de hidalgos,
en el horizonte azul,
con un resplandor de ocaso,
sobre el hierro de Castilla
brilla el sol americano

El arte de ser buen empleado público

En una época en que yo tuve veleidades de ser empleado nacional, oí hablar de un hombre que durante los dos años que desempeñó un puesto público, y sin que le hubiera pasado nada de extraordinario por ello, no había contestado una sola nota.

—He aquí un hombre superior, — me dije. — Merece que vaya a verlo.

Porque debo confesar que el proceder habitual e inofensivo de contestar cuanta nota se recibe, es uno de los inconvenientes más grandes que hallaba yo a mi aspiración. El delicado mecanismo de la administración nacional — nadie lo ignora — requiere que toda nota que se nos hace el honor de dirigir, sea fatal y pacientemente contestada. Una sola comunicación puesta de lado, la más insignificante de todas, trastorna hasta lo más hondo de sus dientes, el engranaje de la máquina nacional. Desde las notas del presidente de la república, a las de un cabo de policía del Territorio de los Andes, todas exigen respuesta en igual grado, todas encarnan igual nobleza administrativa, todas tienen igual austera trascendencia.

Es, pues, por esto que convencido y orgulloso como buen ciudadano, de la importancia de esas funciones, no me atrevía francamente a jurar que todas las notas que yo recibiera, serían contestadas. Y he aquí que me aseguraban que un hombre, vivo aún, había permanecido dos años en la administración nacional, sin contestar — ni enviar, desde luego — ninguna nota...

Fuí, pues, a verlo. Esto pasaba en el Chaco. El, era un hombre de edad avanzada, español, de mucha cultura, — pues esta intelectualidad inesperada al pie de un quebracho, en una fogata de siringal o en un aduar del Sahara, es una de las tantas sorpresas del trópico.

Mi hombre se echó a reir de mi juvenil admiración, cuando le conté lo que me llevaba a verlo. Me dijo que no era cierto, por lo menos el plazo. Que había sido encargado escolar en la colonia Margarita Belén, y que en efecto había dejado pasar algo más de un año sin contestar nota alguna. Pero que eso tenía en el fondo poca importancia, habiendo notado, por lo demás...

Aquí mi hombre se detuvo un instante, y se echó a reir de nuevo.

— ¿Quiere usted que le cuente algo más sabroso que todo esto? — me dijo. — Verá usted un modelo de funcionario público... ¿Sabe usted que tiempo dejó pasar ese tal sin dignarse echar una ojeada a lo que recibía? Dos años y algo más. ¿Y sabe usted qué puesto desempeñaba? Gobernador... Abra usted la boca ahora.

En efecto, lo merecía. Para un tímido novio, — digámoslo así, — de la administración nacional, nada podía abrirme más los ojos sobre la virtud de mi futura, que las hazañas de aquel don Juan administrativo... Le pedí que me contara todo, si lo sabía, y a escape.

— ¿Si lo sé? — me respondió. — ¿Si conozco bien a mi funcionario? Como que yo fuí el gobernador que le sucedió... Pero oígame más bien desde el principio. Era en... en fin, suponga usted que el ochenta y tantos. Yo acababa de regresar a España, mal curado aún de unas fiebres cogidas en el Golfo de Guinea. Había hecho un crucero de cinco años, abasteciendo a las factorías españolas de la costa. El último año lo pasé en Elobey Chico... ¿Usted sabe su geografía, sí?

— Sí, toda; continúe.

— Bien. Sabrá usted entonces que no hay país más malsano en el *mundo entero*, así como suena, que la región del delta del Niger. Hasta ahora, no hay mortal nacido en este planeta que pueda decir, después de haber cruzado frente a las bocas del Niger: no tuve fiebre...

Comenzaba, pues, a restablecerme en España, cuando un amigo, muy allegado al ministerio de Ultramar, me propuso la gobernación de una de las cuatrocientas y tantas islas que pueblan Filipinas. Yo era, según él, el hombre indicado, por mi larga actuación entre negros y negritos.

— Pero no entre malayos, — le respondí. — Entiendo que es bastante distinto...

— No crea usted; es la misma cosa, — me aseguró. — Cuando el hombre baja más de dos o tres grados en su color, todos son lo mismo... En definitiva: ¿le conviene a usted? Tengo facultades para hacerle dar el destino en seguida.

Consulté un largo rato con mi conciencia, y más profundamente con mi hígado. Ambos se atrevían, y acepté.

— Muy bien, — me dijo entonces mi padrino. — Ahora que usted es de los nuestros, tengo que ponerlo en conocimiento de algunos detalles. ¿Conoce usted, siquiera de nombre, al actual gobernador de su isla? Félix Pérez Zúñiga.

— No; fuera del escritor... — le dije.

— Ese no es Félix, — me objetó. — Pero casi, casi valen tanto el uno como el otro... Y no lo digo por mal. Pues bien: desde hace dos años no se sabe lo que pasa allá. Se han enviado millones de notas, y crea usted que las últimas, capaces de ponerle los pelos de punta al funcionario peor nacido... Y nada, como si tal cosa. Usted llevará, conjuntamente con su nombramiento, la destitución del personaje. ¿Le conviene siempre?

Ciertamente, me convenía siempre. A menos que el fantástico gobernador fuera de genio tan vivo, cual grande era su llaneza en eso de las notas.

— No tal, — me respondió. — Según informes, es todo lo contrario... Creo que se entenderá usted con él a maravillas.

No había, pues, nada que decir. Di aún un poco de solaz a mi hígado, y un buen día marché a Filipinas. Eso sí, llegué en un mal día, con un colazo de tifón en el estómago, y el malhumor del gobernador general sobre mi cabeza. A lo que parece, se había prescindido bastante de él en ese asunto. Logré, sin embargo, conciliarme su buena voluntad, y me dirigí a mi isla, tan a trasmano de toda ruta marítima, que si no era ella el fin del mundo, era evidentemente la tumba de toda comunicación civilizada.

Y abrevio, pues noto que usted se fatiga... ¿No? Pues adelante... ¿En qué estábamos?... ¡Ah! En cuanto desembarqué dí con mi hombre. Nunca sufrí desengaño igual. En vez del tipo macizo, atrabiliario y gruñón que me había figurado, a pesar de los informes, tropecé con un muchacho joven, de ojos azules — grandes ojos de pájaro alegre y confiado. Era alto y delgado, muy calvo para su edad, y el pelo que le restaba — muy abundante a los costados y tras la cabeza — era obscuro y muy ondeado, rizado más bien. Tenía la frente y la calva muy lustrosas. Tenía la voz muy clara, y hablaba sin apresurarse, con largas entonaciones de hombre que no tiene prisa y goza exponiendo y recibiendo ideas.

Total: un buen muchacho, inteligente sin duda, muy expansivo y cordial, y con aire de atreverse a ser feliz dondequiera que se hallase.

— Pase usted, siéntese, — me dijo. — Estará todo lo a gusto que quiera. ¿No desea tomar nada? ¿No, nada? ¿Ni aún chocolate?... El que tengo es detestable, pero vale la pena probarlo... Oiga su historia: el otro día un buque costero llegó hasta aquí, y me trajo diez libras de cacao... lo mejor de lo mejor entre los cacaos. Encargué de la faena a un indígena inteligentísimo en esa manufactura; ya lo conocerá usted. Se tostó, se molió, se le incorporó el azúcar, — también de primera, — todo a mi vista, y con extremas precauciones. ¿Sabe usted lo que resultó? Una cosa imposible... ¿Quiere usted probarlo? Vale la pena... Después me escribirá usted desde España cómo se hace eso... ¡Ah, no vuelve usted!... ¿Se queda, sí? ¿Y será usted el nuevo gobernador, sin duda?... Mis felicitaciones...

¿Cómo aquel feliz pájaro podía ser el malhechor administrativo a quien iba a reemplazar?

— Sí — continuó él. — Hace ya veintidós meses que no debía ser yo gobernador. Y no era difícil adivinarle a usted... Fué cuando adquirí el convencimiento pleno de que jamás podría yo llegar a contestar una nota en adelante. ¿Por qué? Es sumamente com

plimado esto... Más tarde le diré algo, si quiere... Y entre tanto, le haré entrega de todo, cuando usted lo desee... ¿Sí? Pues comencemos.

Y comenzamos, en efecto. Primero de todo, quise enterarme de la correspondencia oficial recibida, pues estaba ya bien informado sobre la remitida.

—¿Las notas, dice usted? Con mucho gusto. Aquí están.

Y fué a poner la mano sobre un gran barril abierto, en un rincón del despacho.

Francamente, aunque esperaba mucho de aquel funcionario, no creí nunca hallar pliegue tan monstruoso real, amontonados en el fondo de un barril...

—Aquí está —repitió siempre con la mano en el borde, y mirándome con la misma plácida sonrisa.

Me acerqué, pues, y miré: todo el barril, y era inmenso, estaba efectivamente lleno de notas; pero todas sin abrir. ¿Creerá usted? Todas tenían su respectivo sobre intacto, hacinadas como diarios viejos. Y el hombre, tan tranquilo. No sólo no había contestado una sola comunicación, lo que ya sabía; pero ni aún había tenido a bien leerlas...

No pude menos de mirarlo un momento. El hizo lo mismo con una sonrisa de criatura cogida en un delito, pero del que se enorgullece, tal vez. Al fin se echó a reir y me cogió de un brazo:

—Escúcheme —me dijo. —Sentémonos, y hablaremos. ¡Es tan agradable hallar una sorpresa como la suya, después de dos años de aislamiento! ¡Esas notas!... Quiere usted, francamente, conservar por el resto de su vida la conciencia tranquila, y menos congestionado su hígado —se le ve en la cara, en seguida— ¿Sí? Pues no conteste usted jamás una nota. Ni una sola siquiera. No cree, es claro... ¡Es tan fuerte el prejuicio, señor mío! ¿Y sabe usted de qué proviene? Proviene sencillamente de creer como en la Biblia, que la administración de una nación es una máquina con engranajes, poleas y correas, todo tan íntimamente ligado, que la detención o el simple tropiezo de una minúscula rueda dentada, es capaz de detener todo el maravilloso mecanismo. Error, profundo error. Entre la augusta mano que firma Ya, y la de un carabinero que debe poner todos sus últimos títulos para que se sepa que existe, hay una porción de manos que podrían abandonar sus barras sin que por ello el buque pierda el rumbo. La maquinaria es maravillosa, y cada hombre es una rueda dentada, es cierto. Pero las tres cuartas partes de ellas son ruedas locas, ni más ni menos. Giran también, y parecen solidarias del gran juego administrativo; pero en verdad dan vueltas en el aire, y podrían detenerse algunas centenas de ellas, sin trastorno alguno. No, créame usted a mí, que he estudiado el asunto todo el tiempo libre que me dejaba la digestión de mi chocolate... No hay tal engranaje continuo y solidario desde el carabinero a Su Majestad el Rey. Es ello una de las tantas cosas que en el fondo sabemos y simulamos ignorar... ¿No? Pues aquí tiene usted un caso flagrante... Usted ha visto la isla, la cara de sus habitantes, bastante más gordos que yo, ha visto al señor Gobernador General, ha atravesado el mundo, y viene de España. Ahora bien: ¿Ha visto usted señales de trastorno en parte alguna? ¿Ha notado usted algún balanceo peligroso en la nave del Estado? ¿Cree usted sinceramente que la marcha de la administración nacional se ha entorpecido, en la cantidad de un pelo entre dos dientes de engranaje, porque yo haya tenido a bien, sistemáticamente, no abrir nota alguna? Me destituyen, y usted me reemplaza, y aprenderá a hacer un buen chocolate... Esto es todo el trastorno... ¿No cree usted?

Y al hombre, siempre con la rodilla entre las manos, me miraba con sus anchos ojos de pájaro complaciente, muy satisfecho al parecer de que a él lo destituyeran, y de que yo le reemplazara.

Pensé que yo le diga a usted, ahora que conoce mi propia historia de cuando fuí encargado escolar, que aquel diablo de muchacho tenía una seducción de todos los demonios. No sé si era lo que se llama un hombre equilibrado; pero su filosofía pagana, un poco de acritud, tenaba fabulosamente, y no pasó mucho rato sin que simpatizáramos del todo.

Procedía, sin embargo, no dejarme embriagar.

—Es menester —le dije formalizándome un tanto— que yo abra esa correspondencia.

Pero mi muchacho me detuvo del brazo, mirándome atónito:

—¿Pero está usted loco? —exclamó— ¿Sabe usted lo que va a encontrar allí? No sea criatura, por Dios. Queme todo eso, con barril y todo, y llévelo a la playa...

Sacudí la cabeza, y metí la mano en el barril. Mi hombre se encogió entonces de hombros, y se echó de nuevo en su silla, con la rodilla muy alta entre las manos. Me miraba hacer de reojo, moviendo la cabeza y sonriendo al final de cada comunicación.

¿Usted supone, no, lo que dirían las últimas notas, dirigidas a un empleado que desde hacía dos años se libraba muy bien de contestar a una sola? Eran simplemente cosas para hacer ruborizar, aún en un cuarto oscuro, al funcionario de menos vergüenza... Y yo debía cargar con todo eso, y contestar una por una a todas...

—¡Ya se lo había yo prevenido! —me decía mi muchacho con voz compasiva.— Va usted a sudar mucho más cuando deba contestar... Siga mi consejo, que aún es tiempo: haga un Judas con barril y notas, y se sentirá feliz.

¡Estaba bien divertido! Y mientras yo continuaba leyendo, mi hombre, con su calva luciente, su aureola de pelo rizado y su guardapolvo de brin de hilo, proseguía balanceándose, muy satisfecho de la norma a que había logrado ajustar su vida.

Yo transpiraba copiosamente, pues cada nueva nota era una nueva bofetada, y concluí por sentir debilidad.

—¡Ah, ah! —me levanté. —¿Se halla cansado ya? ¿Desea tomar algo? ¿Quiere probar mi chocolate? Vale la pena, ya le dije...

Y a pesar de mi gesto desabrido, pidió el chocolate y lo probé. En efecto, era detestable; pero el hombre quedó muy contento.

—¿Ve usted? No se puede tomar. ¿A qué atribuir esto? No descansaré hasta saberlo... Me alegro de que no haya podido tomarlo, pues así cenaremos temprano. Yo lo hago siempre con luz de día aún... Muy bien: conversemos de aquí a una hora, y mañana proseguimos con las notas y demás...

Estaba cansado, bien cansado. Me dí un hermosísimo baño, pues mi joven amigo tenía una instalación portentosa de confort en todo. Cenamos, y un rato después mi huésped me acompañó hasta mi cuarto.

—Veo que es usted hombre precavido —me dijo, al verme retirar un mosquitero de la maleta. —Sin este chisme, no podría usted dormir. Solamente yo no lo uso aquí.

—¿No lo pican los mosquitos? —le pregunté, extrañado a medias solamente.

—¿Usted cree? —me respondió riendo, llevándose la mano a su calva frente.— Muchísimo... Pero no puedo soportar eso... ¿No ha oído hablar usted de personas que se ahogan dentro del mosquitero? Es una tontería, si usted quiere, una creencia inocente, pero se sufre en realidad. Venga usted a ver mi mosquitero.

Fuimos hasta su cuarto, o mejor dicho hasta la puerta de su cuarto. Mi amigo levantó la lámpara hasta los ojos, y miré. Pues bien: toda la altura y la anchura de la puerta, estaba cerrada por una verdadera red de telarañas, una selva inextricable de telarañas, donde no cabía la cabeza de un alfiler, sin hacer temblar todo el tejido. Y tan lleno de polvo, que parecía un muro. Por lo que pude comprender, más que ver, la red se internaba en el cuarto, sabe Dios hasta dónde.

—¿Y usted duerme aquí? —le pregunté, pensándolo un largo momento.

—Sí —me respondió con infantil orgullo. —Jamás entra un mosquito. Ni ha entrado ni creo que entre jamás.

—Pero usted, ¿por dónde entra? —le pregunté, muy preocupado.

—¿Yo, por dónde entro? —respondió. Y agachándose, me señaló con la punta del dedo: —Por aquí. Haciéndolo con cuidado, y en cuatro patas, la cosa no tiene mayor dificultad... Ni mosquitos ni murciélagos... ¿Polvo? No crea que pase, aquí tiene la prueba... Además está muy despejado... Lo que ahoga es lo artificial, el mosquitero a cincuenta centímetros de la boca... ¿Se ahoga usted dentro de una habitación cerrada por el frío? Y hay —continuó con la mirada soñadora— una especie de descanso primitivo en este sueño defendido por millones de arañas que velan celosamente la quietud de uno... ¿No lo cree usted así? No me mire con esos ojos... Buenas noches, señor gobernador! —concluyó riendo y sacudiéndome ambas manos.

A la mañana siguiente, muy temprano, pues éramos uno y otro muy madrugadores, proseguimos nuestra tarea. En verdad, no faltaba sino recibirme de los libros de cuentas, fuera de insignificancias de menor cuantía.

—¡Es cierto! —me respondió. —Exijan también los libros de cuentas... Hay, creo yo, mucho que pensar sobre eso... pero lo haré después, con tiempo. En un momento lo arreglaremos. ¡Urquijo! Hágame el favor de traer los libros de cuentas. Verá usted que en un momento... No hay nada anotado, como usted comprenderá; pero en un momento... Bien, Urquijo, siéntese usted ahí; vamos a poner los libros en forma. Comience usted.

El secretario, a quien había entrevisto apenas la tarde anterior, era un sujeto de edad, muy bajo y muy flaco, barbado, silencioso y de mirar desconfiado. Tenía la cara rojiza y lustrosa, dando la sensación de que no se la lavaba nunca. Simple apariencia, desde luego, pues su vieja ropa negra no tenía una sola mancha. Su cuello de celuloide era tan grande, que dentro de él cabían dos pescuezos como el suyo. Tipo reconcentrado y de mirar desconfiado, como nadie.

Y comenzó el arreglo de cuentas más original que haya visto en mi vida. Mi amigo se sentó frente del secretario, y no apartó un instante la vista de los libros mientras duró la operación. El secretario recorría recibos, facturas, y operaba en voz alta.

—Veinticinco meses de sueldos al guardatara, a tanto por mes, es tanto y tanto...

Y multiplicaba al margen de un papel.

Su jefe seguía los números en líneas quebradas, sin pestañear, y extendió por fin el dedo:

—No, no, Urquijo... Eso no me gusta. Ponga: un mes de sueldo al guardatara, a tanto por mes, es tanto y tanto; segundo mes de sueldo al guardatara, a tanto por mes, es tanto y tanto; tercer mes de sueldo... Siga así, y sume. Así entiendo claro.

Y volviéndose a mí, me dijo:

—Hay yo no sé qué notas de brujería y solfama en las matemáticas, que me dan escalofríos... ¿Creerá usted que jamás he llegado a comprender la multiplicación? Me pierdo en seguida... me resulta diabólico esos números sin uno ni dos que se van colocando todos hacia la izquierda... Sume, Urquijo.

El secretario, serio y sin levantar los ojos, como si fuera aquello muy natural, sumaba en voz alta, y mi amigo golpeaba nerviosos ambas manos sobre la mesa:

—Ahora sí —dijo— esto es bien claro.

Pero a una nueva partida de gastos, el secretario se olvidaba, y recomenzaba:

—Veinticinco meses de provisión de leña, a tanto por mes, es tanto y tanto...

—¡No, no! ¡Por favor, Urquijo! Ponga: un mes de provisión de leña, a tanto por mes, es tanto y tanto...; segundo mes de provisión de leña... etc. Sume, después.

Y así continuó el arreglo de libros, ambos con demasiada paciencia, el secretario olvidándose siempre... y empeñado en multiplicar al margen del papel, y su jefe deteniéndolo con la mano, para ir a una cuenta clara y sobre todo honesta.

—Aquí tiene usted sus libros en forma —me dijo mi hombre al final de cuatro largas horas, pero sonriendo siempre con sus grandes ojos de pájaro inocente.

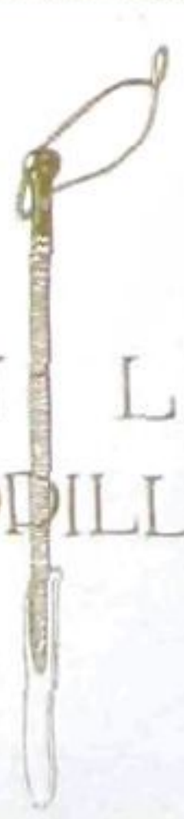
Nada más me queda por decirle. Permanecí nueve meses enteros allá, pues mi hígado me llevó otra vez a España. Más tarde, mucho después, vine aquí, como contador de una empresa de tanino... El resto ya lo sabe. En cuanto a aquel singular muchacho, nunca he vuelto a saber nada de él... Supongo que habrá solucionado al fin el misterio de por qué su chocolate, hecho con elementos de primera, había salido tan malo... Y en cuanto a la influencia del personaje... ya sabe mi actuación de encargado escolar (¡Jamás, entre parénteses, manchamos mejor los asuntos de la escuela...) Creamos las tres cuartas de las ideas del peregrino mundo son ciertas... incluso las matemáticas...

Yo agrego ahora: las matemáticas, sí, sí, pero en el resto —Dios me perdone— le sobraba razón. Así lo comprendí también al parecer la Administración, reluciendo siempre en el manejo de su delicado mecanismo.

Horacio Quiroga.

Lluvia y viento

CON LA TROPILLA



Es un despliegue multicolor de estampas vivas... El campo, sereno y liso, recoge el eco de los cascos y lo trasmite sentido, como el son de un anuncio que viaja, rumbo a donde lo quiso el pensamiento.

Relumbran las crines deshilachadas al sol. Y la *mancha abigarrada, en variaciones sucesibles*, adquiere tonos oscilatorios, semejante a una tela oriental tremolada a ras de pampa.

Allá, lejanos, los horizontes. Y las leguas tendidas en la hebra del camino, laten y se pierden, en las alternativas, con invitaciones mudas que aguijonean los instintos. A trasmonte de las cegaduras indivisables, apunta alguna flor de promesa... Pica la luz solar en las arenas, metalizándolas. Verdes de fondo, las distancias, cobran alientos puros, de mares vírgenes.

La tropilla es el bien, la fortuna primordial del gaucho libre. La entabla y amaestra, dócil a su buena voluntad, ganándole así una partida a lo salvaje, y también a lo adverso. En los lomos de las mudas, escalonando jornadas, se transporta en el tiempo corto de una noche, si anda en la mala, mismo a pagos de más allá de cien leguas.

Chorrea la caravana, en una sombra ligera, subditada al timbre del cencerro. La «madrina» corre en la punta. Ni se necesita arrear. Y no hay miedo que uno sólo de los números se desvíe o rezague, fiel a la amadrinación, que apaga los cariños de la querencia.

Despliegue multicolor de estampas vivas... Y a la cruzada amburbial de algún caserío, el viajero que gana tierras, vence garboso sobre sus fatigas, tornándose presumido; al lucir a los ojos de las mozas que se asoman para verlo pasar, evocantes de aventuras, el lujo de su fortuna gallarda; los fletes que invitan al vuelo encantador de las vidas.

Es sólo un destello, una mirada. Bastante a veces, como la luz picadora del sol que metaliza las arenas, de prender en el alma una ilusión de oro.

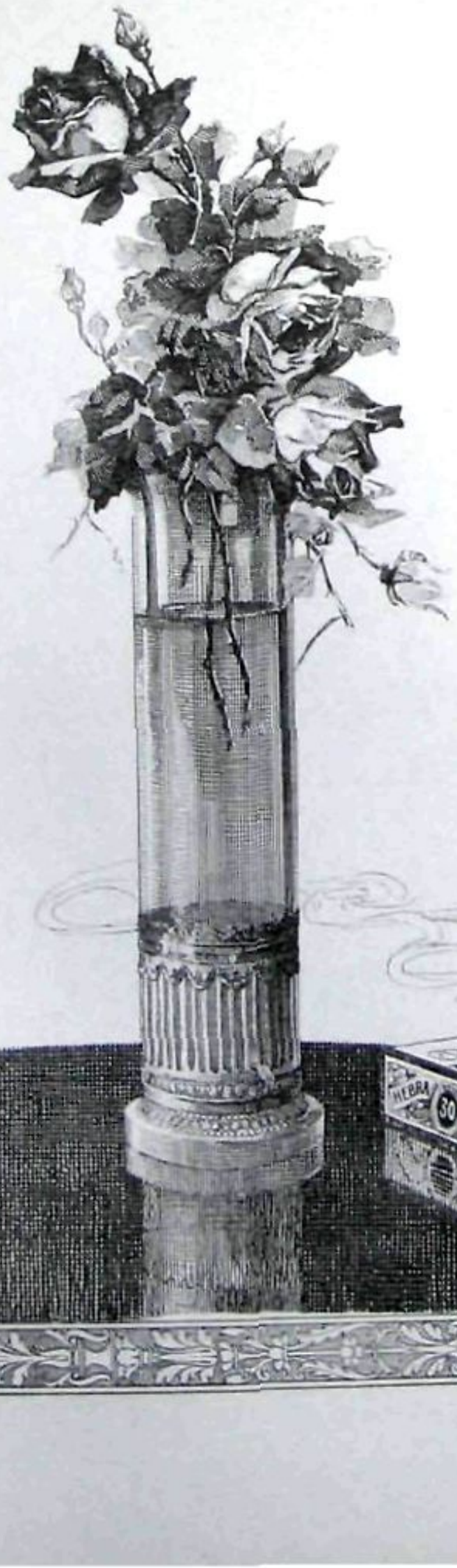
Revive el nómada, la gloria pristina, en el gaucho que empuja *su suerte en la inmensidad*, viviendo en la sangre aguantadora de sus potros, destinos frescos, felicidades que dibujan los horizontes. Envuelto en el polvo del tropel como en un manto de soberanía...

Por A.D. LOPEZ

SON DISTINTOS

REINA VICTORIA son incuestionablemente los mejores cigarrillos que se pueden conseguir. Cada detalle de su manufactura y empaque es llevado a cabo con cuidado extremo y bajo condiciones ideales de higiene. No importa el precio que Vd. esté dispuesto a pagar — aun en Cuba mismo — no se pueden conseguir cigarrillos semejantes a

ReinaVictoria



LO MEJOR DE TODO

EL mejor tabaco que sale de La Habana se emplea en los cigarrillos REINA VICTORIA. Ningún procedimiento ha sido descubierto que desarrolle tanto las cualidades de este tabaco como el usado únicamente por los fabricantes de los cigarrillos REINA VICTORIA.

Y seguramente ningún otro cigarrillo en el mundo puede recibir más cuidado y dedicación en su elaboración.

TODO pedacito de palo es sacado cuidadosamente. Cada hoja es lavada. El tabaco después de ser ligado es puesto en grandes cilindros rotativos en los cuales, y por medio de poderosos extractores de aire, se seca y limpia de polvo el tabaco. Ni un átomo de polvo puede subsistir. Luego el tabaco es puesto en compartimentos de cedro en los que se mantiene a una temperatura uniforme hasta que llega a su perfecto estado.

EL papel que se emplea en los cigarrillos REINA VICTORIA es puro de arroz y de delicadeza excepcional. Son puestos en el atado protegidos por una hoja de papel de estaño, el que mantiene a los cigarrillos en perfecto estado en cualquier cambio de tiempo.

TODO lo que se emplea en la elaboración de los cigarrillos REINA VICTORIA es de la más alta calidad. El secreto de la liga es del dominio exclusivo de sus fabricantes.

EL JARDÍN DE LAS MONTAÑAS DE LA LUNA

EXUBERANTE VEGETACIÓN DEL PAISAJE AFRICANO, *EN QUE COLOCABA* TOLOMEO LAS FUENTES DEL NILO.

CONSTRUCCIONES
DE
CHALETS DE ESTILO.
CASAS.
GALPONES *etc*
Sólidos, elegantes, económicos y muy confortables
SILOS DE CEMENTO
INFORMES, PLANOS Y FOLLETOS AL GERENTE
DE LA ARMOURED BUILDING C^{t} - EASTON GARRETT
PERÚ 569 UNION TELEF. 3102, AVENIDA BUENOS-AIRES

GATOS DE ANGORA
SANGRE PURA, BLANCOS Y DE COLOR
EN VENTA:
"VILLA EXCELSIOR"
CALLE JURAMENTO, 5148
VILLA URQUIZA (CAPITAL)

¿TOMA Vd. MATE?

ESTE INVENTO ES PARA Vd.

Ningún éxito es duradero sino es unánime y unánime ha sido la aceptación y el voto del aplauso tributado al
Calentador-mate "AURELIO" (ESPECIAL PARA VIAJE)

Lo prueba las numerosas ventas efectuadas, especialmente entre oficiales del ejército y viajantes. ¿Por qué? Porque este nuevo invento resuelve el problema de tomar mate en cualquier parte que uno se halle, sin molestia alguna. Los que viajan en *tren, a bordo, o van de paseo, tienen en el* CALENTADOR-MATE "AURELIO", un verdadero auxiliar de sus distracciones. Es sólido, elegante, de pequeño volumen, fabricado en metal blanco plateado, inalterable, y va colocado en un bonito estuche. Recomendarlo al público es contribuir a la difusión de un invento que, por su utilidad práctica, se hace indispensable a toda persona aficionada al mate.

Su precio es de $ 14.—

Yerba-mate "AURELIA"
La más pura y deliciosa yerba paraguaya
Vale $ 1.20, el kilo.
Pídanse prospectos a:
ERNESTO MAPELLI — "Emporio Paraguayo"
CARLOS PELLEGRINI, 234, BUENOS AIRES - U. Telef., 1899 (Libertad)

CASA VACCARO

Establecida en el año 1885. — Es la casa más acreditada de la República, en las operaciones siguientes: Cambio general de moneda; Compra y venta de Títulos de Renta, nacionales y extranjeros; Cobranza de cupones; Lotería Nacional y *toda comisión* bancaria que se le encargue. Correspondencia a Severo Vaccaro, Avenida de Mayo, 646, *Buenos Aires.*

-PLVS VLTRA-

Talco Williams

El incomparable **Talco WILLIAMS,** aplicado por la mano de una amorosa madre sobre el delicado cutis del bebé, es tan suave y refrescante como la caida del rocío sobre los pétalos de los pimpollos.

La pureza del **Talco WILLIAMS** está simbolizada por su blancura. Y su suavidad y dulzura es tan exquisita como la caricia de una hada.

Es algo más todavia; porque encarna lo ideal en lo tangible.

Esta delicada elaboración se iguala a la generosa cantidad que contiene cada tarro, dando especial significación a la frase:

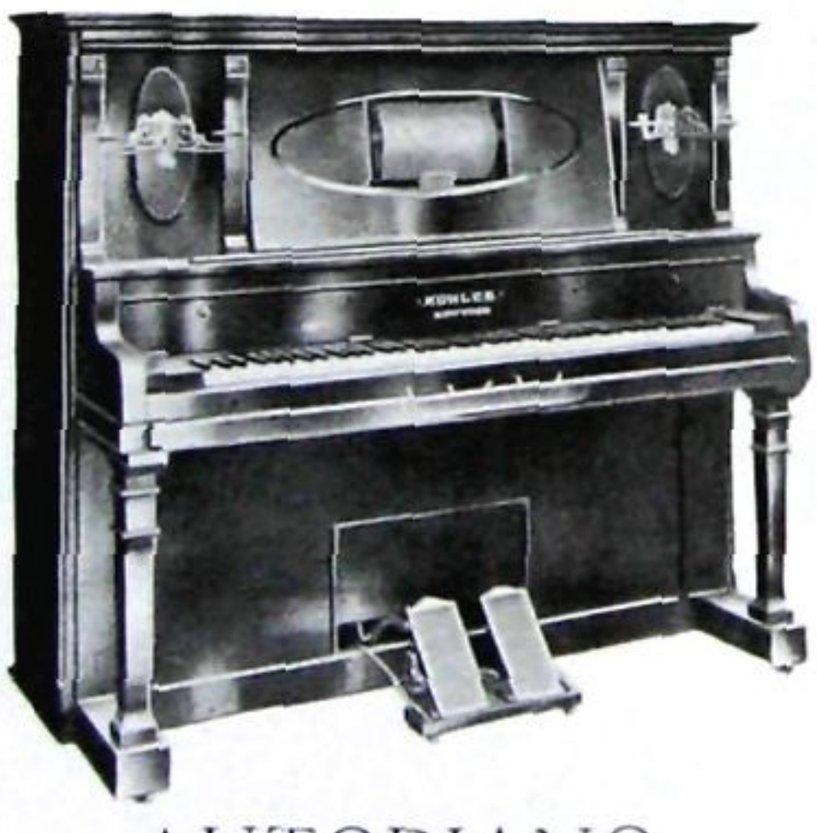
"Más talco en el tarro, más confort en el talco"

De venta en Droguerías, Farmacias, Perfumerías, etc.

Fabricantes: The J. B. Williams Co. Glastonbury, U. S. A.
Agente: A. C. MAYER - 1245 Avenida de Mayo, 1257 - Buenos Aires

BAJO LA PUNTERÍA DEL TELEFOTÓGRAFO

LA CARA DEL CIERVO ROJO, *EN LAS TIERRAS ALTAS DE* ESCOCIA, HA CAMBIADO POCO CON LOS PROGRESOS DE LAS ARMAS DE FUEGO. SE HACE AHORA MÁS O MENOS EN LAS MISMAS CONDICIONES QUE CUANDO APARECIERON POR PRIMERA VEZ EN LAS COLINAS. ESTA FOTOGRAFÍA ES EL RESULTADO DE PACIENTES ESPERAS CON UNA CÁMARA DOTADA DE UN LENTE TELÉFOTO.



AUTOPIANO

KOHLER & CAMPBELL

Por la suavidad y pureza de sus voces y por la admirable precisión con que estos maravillosos aparatos reproducen las obras de los genios del divino arte, están considerados como la última palabra de la perfección a que el ingenio humano y la ciencia de la mecánica han llegado hasta el presente.

ÚNICOS IMPORTADORES

A. F. BELAUNDE y Cía. - Florida, 243.

SOLICITE UN CATÁLOGO 'P'.

APARECIÓ EL NUEVO CATÁLOGO 'U', DE ROLLOS DE 88 NOTAS

"La Cultura Argentina"

EDICIONES DE OBRAS NACIONALES, DIRIGIDAS POR EL DR. JOSÉ INGENIEROS

PRIMERA SERIE.—Volúmenes formato mayor, a 2 $ m/n.

1. — *Mariano Moreno* — Escritos políticos y económicos.
2. — *Bartolomé Mitre* — Rimas.
3. — *Juan M. Gutiérrez* — Origen de la Enseñanza Pública Superior.
4. — *Juan B. Alberdi* — Estudios económicos.
5. — *Vicente Fidel López* — Historia Argentina.
6. — *Domingo Faustino Sarmiento* — Conflicto y armonías de las razas.
7. — *Amancio Alcorta* — La instrucción secundaria.
8. — *José M. Ramos Mejía* — Las Neurosis de los Hombres célebres.
9. — *Martín García Mérou* — Ensayo crítico sobre Alberdi.
10. — *Florentino Ameghino* — Filogenia.
11. — *José María Paz* — Campañas de la Independencia.

Volúmenes formato menor, a 1 $ m/n.

1. — *Bernardo Monteagudo* — Escritos políticos.
2. — *Juan Cruz Varela* — Poesías.
3. — *J. I. Gorriti* — Reflexiones.
4. — *Esteban Echeverría* — Dogma Socialista y Plan Económico.
5. — *Esteban Echeverría* — La Cautiva.
6. — *Francisco J. Muñiz* — Escritos científicos.
7. — *Juan B. Alberdi* — Bases.
8. — *Juan B. Alberdi* — Cartas Quillotanas.
9. — *Juan B. Alberdi* — Luz del día.
10. — *Juan B. Alberdi* — El crimen de la guerra.
11. — *Domingo Faustino Sarmiento* — Facundo.
12. — *Domingo Faustino Sarmiento* — Recuerdos de Provincia.
13. — *Domingo Faustino Sarmiento* — Argirópolis.
14. — *Domingo Faustino Sarmiento* — Las ciento y una.
15. — *Andrés Lamas* — Rivadavia.
16. — *Hernández y Del Campo* — Martín Fierro, Santos Vega y Fausto.
17. — *Olegario V. Andrade* — Poesías completas.
18. — *Ricardo Gutiérrez* — Poemas.
19. — *Ricardo Gutiérrez* — Poesías líricas.
20. — *Vicente G. Quesada* — Historia colonial argentina.
21. — *Nicolás Avellaneda* — Escritos literarios.
22. — *Francisco Ramos Mejía* — El Federalismo Argentino.
23. — *Martín García Mérou* — Recuerdos literarios.
24. — *Martín García Mérou* — Estudios Americanos.
25. — *Lucio V. López* — Recuerdos de viaje.
26. — *Florentino Ameghino* — Doctrinas y descubrimientos.
27. — *Agustín Alvarez* — La Creación del mundo moral.
28. — *Agustín Alvarez* — ¿Adónde vamos?
29. — *Agustín Alvarez* — Manual de patología política.
30. — *Raquel Camaña* — Pedagogía social.
31. — *Florencio Sánchez* — Barranca abajo y Los muertos.
32. — *Miguel Cané* — Juvenilia.
33. — *José Mármol* — Armonías.
34. — *José M. Estrada* — La política liberal.

Estas ediciones están en venta en todas las librerías.

LA ADMINISTRACIÓN GENERAL:

CASA VACCARO - Av. de Mayo, 646 - Buenos Aires

ENVÍA FRANCA DE PORTE Y CERTIFICADA — Argentina 56 $ m/n — Exterior 27 dólares, Francos 5 dólares

La serie precedente, completa, importa.....

-PLVS VLTRA-

PABST

Su gran poder como tónico reconstituyente se funda en la concentración extraordinaria de sus componentes.

La preferencia mundial de que goza, es consecuencia lógica de su calidad y de su pureza admirables, que ningún producto de cuantos lo imitan ha podido jamás alcanzar.

Contiene hipofosfitos de cal y pirofosfato de hierro.

DOS HERMOSOS EJEMPLARES.

LA PESCA DE TONINAS

La tonina, nombre vulgar de una especie de peces que se asemejan al atún, es un interesante animal. Comparte con el delfín el apodo de pyratas del mar. Reunidas en grupos, las toninas juegan caprichosamente, haciendo emerger del agua sus redondos y chamuscos lomos.

Como a los delfines, también les llegó a las toninas la hora de ser trituradas por los dientes humanos. Porque se ha descubierto que son comestibles.

UNA ADMIRABLE DE TONINAS.

NINGÚN BLOQUEO NOS IMPIDE MANDAR
A LA ARGENTINA nuestros PRODUCTOS PUROS

En estilos Usines en Saint-Fons se elaboran y envasan

FRANCIA bajo control severo los comprimidos puros de

Rhodine

hoy el único remedio legítimo para la curación inmediata de los DOLORES de CABEZA
Reuma y todas las neuralgias
SUPERIOR al PRODUCTO ALEMÁN

RHODINE USINES du RHONE

—«He querido ser el primero en daros la bienvenida, a vuestro regreso de Montevideo, porque tengo muchas novedades que comunicaros. Os esperan aquí grandes sorpresas, amigas mías; el «flirt» de María Esther se formalizó en febrero, lo mismo que los compromisos de Elena, Lucila y Angelina, y ¿sabéis a qué se debe esta racha de noviazgos de chicas conocidas, que se ha iniciado sin miras de concluir? ¿No? Pues, a que todas ellas han mejorado sus encantos físicos, debido al maravilloso resultado de una preparación notable para el embellecimiento del cutis, que se llama «Eclatine» y que, al módico precio de $ 2.50 el frasco, se vende en la Casa Argentina Scherrer, 161, Suipacha.

«Eclatine» está haciendo milagros entre mis adorables protegidas, porque no sólo rejuvenece y hermosea el cutis, sino que le da, además, la suavidad del terciopelo.

Probad vosotras «Eclatine» y comprobaréis con cuánta razón os la recomienda vuestro fiel Cupido».

La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para señoras y niños.
Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires

Muebles
norteamericanos
para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALAGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.
BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»
Dirección y Administración: Charcabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 2.— m/n.
Semestre	(6 »)	» 3.— »
Año	(12 »)	» 11.— »
Número suelto		» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Charcabuco, 151/155, Buenos Aires.

—PLVS VLTRA—

JUGO DE UVA *Armour*

Un Refresco Delicioso...

Dos limones, dos naranjas y dos duraznos grandes, cortados en rebanadas muy delgadas.

El jugo que contiene una lata de ananá o en su defecto de duraznos.

Un litro de soda. Un litro de Jugo de Uva Armour.

Sírvase en una ponchera o en jarras de vidrio, con hielo abundante y azúcar al gusto.

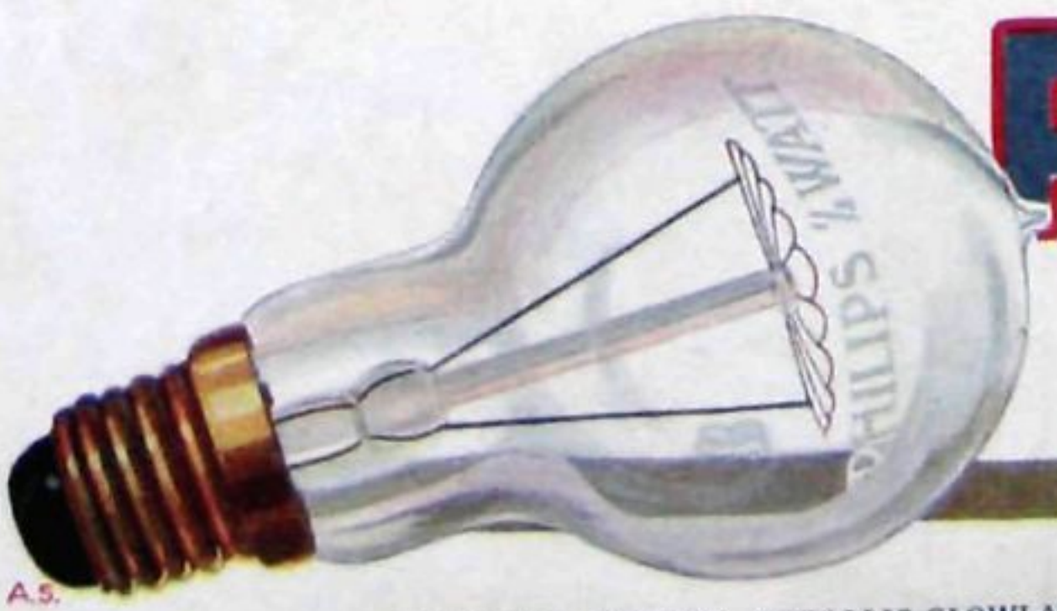
El Jugo de Uva "Armour" se vende en todos los buenos Restaurants, Bars, Confiterías y Almacenes.

Frigorífico Armour de La Plata. Administración, Rivadavia 37-U. T. 5203 (Avda.)
Ventas por mayor: Moreno, 1374 - U. Telef., 6462 (Libertad)

La nueva luz blanca

La luz que despiden las lamparitas eléctricas ordinarias es AMARILLA y, por consiguiente, altera los colores. No hay quien no aprecie las ventajas de una luz pura y blanca que respete el color natural de los objetos: el punto esencial no reside en la CANTIDAD sino en la CALIDAD de la luz.

Usando lamparitas que despiden luz blanca sin falsear los colores, obtendrá en su hogar la armonía de tonos en todo el conjunto, que es lo que aprecian las personas de buen gusto.



PHILIPS

MEDIO WATT

LAS LAMPARITAS PERFECCIONADAS QUE
DESPIDEN UNA LUZ PURA Y BLANCA

A.S.

Fabricantes: PHILIPS' METALLIC-GLOWLAMPWORKS, LIMITED, EINDHOVEN (HOLANDA)
Unicos agentes: BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - BUENOS AIRES.

TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS

BUENOS AIRES, MARZO DE 1917.